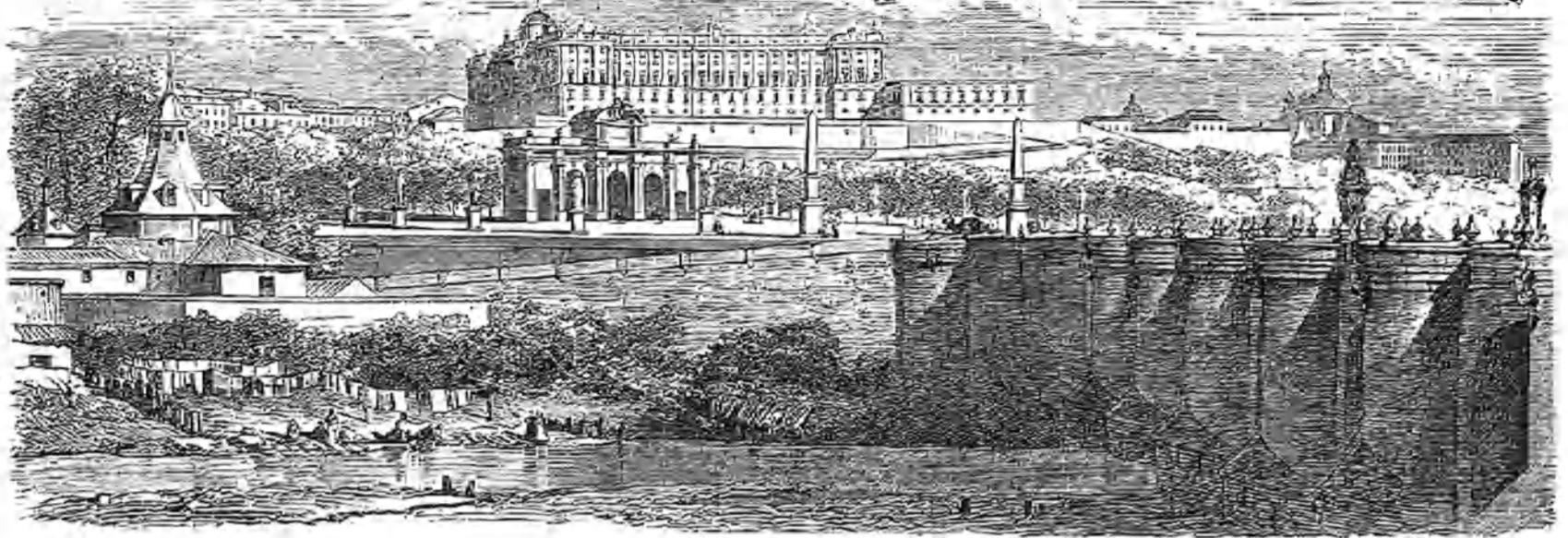


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO I.

MADRID 27 DE AGOSTO DE 1870.

NÚM. 16.

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. J. Eche.—Trages españoles del siglo XV, por D. Florencio Jaurri.—Tradiciones madrileñas. El cubo de la almudena, por D. Joaquín Tanco y Benedito.—Revista monumental y arqueológica (conclusión), por D. José Amador de los Ríos.—En el cuerpo de un amigo, novela diabólica (continuación), por D. José Fernández Bruna.—Revista científica, por don José Guevara Moñil.—Marruecos. Artículo III, por don Antonio de San Martín.—Campaña franco-prusiana (continuación), por don Eduardo de Maritignol.—Don José Pascual Montaner. GRANADOS.—Guerra de Francia y Prusia. Una descubierta de hulanos (remitido), dibujo de D. F. Pradilla.—El code de Falkau, jefe del ministerio francés, dibujo de D. A. Perea.—Gambetta, diputado de la extrema izquierda, del mismo.—Alrededores del Cuerpo legislativo francés al anunciarse el cambio de ministerio, del mismo.—Guerra de Francia y Prusia. El ejército francés, al mando del mariscal Bazaine, abandona sus posiciones de Mar-la-Tour y se repliega al amparo de las fortalezas de Metz, dibujo de D. F. Pradilla.—La artillería francesa protege el paso del Mosela verificado por su vanguardia en Langueville, dibujo de D. Valeriano Hecquer.—Ambulancias para el socorro de heridos establecidos en Doucourt, dibujo de D. F. Pradilla.—El pueblo de París trabajando en las fortificaciones de la ciudad, del mismo.—Marruecos. Mar en traje de fiesta, dibujo de D. Valeriano Hecquer.—Lisboa en 1870. Arco monumental de la plaza del Comercio, de una fotografía.—Revista monumental. Sepulcro trasladado del monasterio de Frez del Val a Bargas, dibujo de D. F. Pradilla.—Trabajos pertenecientes a la Revista monumental y arqueológica.—D. José Pascual Montaner, de una fotografía.

GUERRA DE FRANCIA Y PRUSIA.



UNA DESCUBIERTA DE HULANOS.

ECOS.

¿Quién no ha mirado al cielo durante las noches despejadas, en si estarán ó no habitados los mundos? Al observar que ningún ruido llega hasta nosotros,

que los astros parecen inmóviles, y que sólo se desprenden de la luna y las estrellas tenues resplandoras, suele decir el corazón entristecido...

¡El cielo está desierto!
E instintivamente huimos de los espacios en que se pierde la imaginación y refugiamos nuestros pensamientos en la tierra.

Pero figurémonos á nuestra alma contemplando la tierra desde los espacios.

Verá al hombre luchando con las olas para vivir sobre el mar; á la tierra moviendo sus músculos para succidir con terremotos el peso del hombre; á la atmósfera condensando vapores y produciendo tormentas para que el hombre no la invada; y al hombre en medio de tantos peligros, sostener discordias en su familia, guerras de nación á nación y luchas entre lo que va y lo que viene.

¿Qué pueden sacar los hombres de las guerras? Preciso es atribuirlos entonces á algún génio invisible. Los hombres cumplen sus mandatos y se batien ciegamente sin saber lo que hacen.

¿Qué pueden sacar los hombres de las guerras? Preciso es atribuirlos entonces á algún génio invisible. Los hombres cumplen sus mandatos y se batien ciegamente sin saber lo que hacen.

¿Qué pueden sacar los hombres de las guerras? Preciso es atribuirlos entonces á algún génio invisible. Los hombres cumplen sus mandatos y se batien ciegamente sin saber lo que hacen.

¿Qué pueden sacar los hombres de las guerras? Preciso es atribuirlos entonces á algún génio invisible. Los hombres cumplen sus mandatos y se batien ciegamente sin saber lo que hacen.

¿Qué pueden sacar los hombres de las guerras? Preciso es atribuirlos entonces á algún génio invisible. Los hombres cumplen sus mandatos y se batien ciegamente sin saber lo que hacen.

Lo natural es que diga el alma desviándose de nosotros:

—La tierra está inhabitable.

Entonces, ¿en dónde buscar reposo? ¿En dónde podrá el hombre detenerse á descansar? Los soles giran sobre sí mismos, los planetas recorren su órbita á toda máquina, y la luz lucha con la sombra. Fuera de la tierra el descanso es imposible. Dentro de nuestro globo todo está en continuo movimiento. Las leyes naturales nos prohíben el descanso; hasta la maciza roca se hunde ó se grieta; preciso es seguir al impulso; no haya en la tierra un sólo punto á donde no lleguen el estrépito y la agitación.

La guerra actual, que los prusianos achacan á los franceses y los franceses á los prusianos, acaso es obra de un agente universal enemigo del sosiego. Necesitaba llevar á las silenciosas y escondidas valles, á las riscosas montañas y á las pacíficas aldeas, el estruendo de las cajas, el tronar de los cañones, la gritaría del sol.

Lo natural es que diga el alma desviándose de nosotros:

—La tierra está inhabitable.

Entonces, ¿en dónde buscar reposo? ¿En dónde podrá el hombre detenerse á descansar? Los soles giran sobre sí mismos, los planetas recorren su órbita á toda máquina, y la luz lucha con la sombra. Fuera de la tierra el descanso es imposible. Dentro de nuestro globo todo está en continuo movimiento. Las leyes naturales nos prohíben el descanso; hasta la maciza roca se hunde ó se grieta; preciso es seguir al impulso; no haya en la tierra un sólo punto á donde no lleguen el estrépito y la agitación.

La guerra actual, que los prusianos achacan á los franceses y los franceses á los prusianos, acaso es obra de un agente universal enemigo del sosiego. Necesitaba llevar á las silenciosas y escondidas valles, á las riscosas montañas y á las pacíficas aldeas, el estruendo de las cajas, el tronar de los cañones, la gritaría del sol.

Lo natural es que diga el alma desviándose de nosotros:

—La tierra está inhabitable.

Entonces, ¿en dónde buscar reposo? ¿En dónde podrá el hombre detenerse á descansar? Los soles giran sobre sí mismos, los planetas recorren su órbita á toda máquina, y la luz lucha con la sombra. Fuera de la tierra el descanso es imposible. Dentro de nuestro globo todo está en continuo movimiento. Las leyes naturales nos prohíben el descanso; hasta la maciza roca se hunde ó se grieta; preciso es seguir al impulso; no haya en la tierra un sólo punto á donde no lleguen el estrépito y la agitación.

cuadros más bellos: cacareaban las gallinas, las cabras se embestaban retozando y los muchachos se revolcaban en las eras.

Hoy, junto á las ruinas de la incendiada aldea, viven los prusianos: las pocas casas que no se han desplomado, están convertidas en hospitales, de donde salen tristísimos gemidos: las lindes de la propiedad se han borrado: los frutos ya no existen; una fosa abierta traga de rato en rato los cadáveres que se recogen por los campos, y la cosecha de muertos es espléndida: hay manchas de sangre esparcidas de trecho en trecho, como si la tierra estuviese llagada: en los altares de una ermita hay también sangre: los pies tropiezan en cuerpos sin vida ó en miembros destrozados: algún soldado enemigo tiembla oculto entre la maleza: las aves y los campesinos han huido: el campo está lúgubre: los vencedores consternados: algunos especuladores se reparten los despojos de las víctimas, y los cuervos sacian su apetito.

Si los periódicos anunciasen que una partida de bandidos había asaltado una población, incendiándola después de una lucha sangrienta, la indignación sería universal y los asesinos entregados á la execración pública y al cadalso.

Y sin embargo, preciso es confesar que el crimen habría sido una pálida copia del menor episodio de las guerras.

La moral de las acciones humanas estriba en una palabra insignificante.

En el caso actual sólo puede distinguirse de este modo.

Que los hombres llamen al sitio de la catástrofe, *lugar del crimen ó teatro de la guerra*.

No exageremos los horrores.

Las guerras tienen su parte provechosa: los médicos de Francia y Prusia han asegurado su clientela por muchos años, con el chasseur y las ametralladoras.

Los campos en que se dan las batallas tienen asegurada una magnífica cosecha.

Y la falta de brazos que produce toda campaña, asegura el jornal á los braceros.

Los ortopédicos preparan en París sus mecanismos más prodigiosos.

La condesa de X, cuyo esposo debía marchar á la guerra, ha hecho tomar la medida exacta del conde y construir un cuerpo entero cuyas piezas se desarman, con el objeto de sustituir cualquier miembro mutilado en el acto mismo de su caída, si sucede tal desgracia.

A los dos días del combate de Wissemburgo recibió la condesa una carta concebida en estos términos:

«Estoy herido: envía la pierna izquierda á tu marido,

P. D. La amputación fué feliz: sólo me molesta ahora un rasguño que he sufrido en la cabeza.»

En la misma semana vió el conde entrar en la alcoba á su criado con un cajón y un billete.

Así decía la condesa:

«Es adjunta la pierna que me pides y además todo el aparato, porque he pensado que cuando entres en acción debes dejar en casa tu cabeza y salir con la de resorte: creo que nadie notará esta pequeña trampa.»

Para las saetas, lanzas y espadas, inventaron los antiguos fuertes armaduras.

Hoy el soldado se presenta indefenso ante la metralla, y los adelantos modernos no han inventado nada con que resguardarle.

Existe, sin embargo, un medio legal en muchos países.

Cuando la ley llama al hombre á las armas, envía un sustituto.

Lo cual equivale á tener dos cuerpos, uno que sufre el fuego de las balas, y otro que queda en casa muy tranquilo.

Felizmente los médicos más famosos aplican los mejores hemostáticos para evitar la efusión de sangre.

El poder de esta ciencia es tan admirable, que la suerte de los heridos no me preocupa.

Sin duda es de mi opinión un individuo recién salido de Leganés, que decía ayer contemplando un cadáver:

—Ven Vds. ese muerto? Pues si cae en buenas manos todavía se salva.

Dígase lo que quiera de las campañas, yo las encuentro disculpables, más aún, necesarias.

Los gobiernos de Europa habían preparado grandes armamentos. Los parques estaban llenos: las máquinas dispuestas.

Era preciso pelear. El gasto estaba hecho.

La temporada de baños está en su mejor período, y el sistema hidropático en todo su auge.

Durante largo tiempo el hombre ignoró la relación íntima que existía entre los achaques de su cuerpo y el manantial de agua que brotaba al pie de algunas montañas, y por espacio de muchos años corrieron ignoradas las aguas que la ciencia clasificó con los nombres poéticos de ácido-carbónicas, salinas-sulfatadas, nitrogenadas, ferruginosas, carbonatadas y sulfurosas frías ó termales, derramándose por los campos el líquido precioso.

Hoy, en las inmediaciones de cada fuente se han edificado grandes establecimientos de salud, adonde acuden los enfermos en busca de remedio; ya no se cree en los milagros del exorcismo; pero se cree en los milagros de las aguas: el bañista entra en el aposento preparado para la cura prodigiosa, con la misma fé que el mahometano en el templo de la Meca, y cae sobre un cuerpo el agua bendita, ya en forma de lluvia, ya descompuesta en vapor, ya en duchas de goma, ó saliendo con furia por aparatos imponentes.

El médico de los baños distribuye la salud en papeletas impresas, y el agua entra en el pulmón por medio de inhalaciones, en el vientre por el camino más corto, en el estómago por la vía ordinaria, y se filtra por los poros en forma gaseosa, hasta que el cuerpo se dilata como una esponja ó se deshace como un azucarillo.

Las aguas medicinales son de rigor para toda clase de naturalezas: el débil busca sangre; el sanguíneo necesita debilitarse; el hombre sano trata de procurarse aún más salud, como los millonarios quieren aumentar su fortuna.

El sistema hidropático es la única medicina del porvenir; la ciencia descubrirá virtudes en toda clase de agua, según se vayan analizando con aparatos cada vez más eficaces y perfectos.

Antes de un siglo se establecerán las farmacias en los pilones de las fuentes, y no se podrá beber un vaso de agua sin receta: en los días de lluvia se llenarán de bañistas los tejados, y las señoras presentarán á las mangas de riego sus caderas.

Las necesidades del hombre aumentan diariamente.

Bañarse en el mar en el mes de agosto es un precepto obligatorio, y no es suficiente el Mediterráneo, cuyas aguas tranquilas son inútiles para las grandes impresiones, sino que se deben recibir en la espalda las olas juguetonas del Océano.

Si las emociones fuertes son higiénicas, todavía hemos de ver á nuestras hijas hacer un viaje anual al Niágara para sufrir sobre su espalda el golpe de la catata.

La temporada de mar es útil...

Apaga el fuego de las pasiones, y concluye con las discusiones acaloradas de las Cortes.

Los políticos se echan á nadar, y los más exaltados viven en paz entre cangrejos.

Es además un pretexto para que las señoras se hagan varios trages.

Trage de camino.

Trage de baño.

Trage de temporada.

Bien es cierto que todo lo que existe en la creación da motivo para hacerse un trage.

Hay trages de año.

Trages de invierno y de verano.

Trages de luto.

Trages de lluvia.

Trages de campo.

Trages de comida.

Y trages de ramión, de máscara, de baile, de corte, de boda, de muñana y de amazona.

Sólo faltan ya trages de costura, de crepúsculo, de balcon, de júbilo, de melancolía, trage de beber agua, y trage de beber agua con azucarillos.

J. EREZ.

TRAGES ESPAÑOLES DEL SIGLO XV.

Siempre interesará sobremanera el conocimiento de los trages, usos y costumbres de nuestros antepasados. Y del mismo modo interesará á la posteridad el conocimiento de nuestras costumbres y de nuestras modas. Por más que hoy nos parezcan muy sencillas y muy puestas en orden las cosas relativas á nuestra vida social, nuestros vestidos, nuestro mobiliario y aun nuestras preocupaciones, es indudable que no todo obtendrá elogios y plácemes de nuestros hijos y nietos, sino que muy al contrario, hallarán no poco que criticar de nosotros por lo ridículo de muchas modas (que hoy nos parecen bellísimas por ser de moda), y por lo molesto y antehigiénico de muchas de nuestras costumbres. No nos proponemos decir aquí que las costumbres y los trages de nuestros descendientes se diferenciarán de las nuestras con el trascurso del tiempo, tanto como las de nosotros se diferencian del tiempo de los romanos ó de los godos, porque esto es indudable. Queremos únicamente llamar la atención acerca de los trages españoles del siglo XV, época en que por cierto, entre mil abusos de sastreres y modistas, dejaron los trages recuerdos más artísticos, más bellos, si podemos decirlo así, de los que dejaron las pelucas empolvadas y los casacaones de fines del siglo anterior, y de los que dejarán nuestros sombreros y pantalones. Sea que en el siglo XV, por los albores del renacimiento, por los recuerdos guerreros de la Edad Media y las costumbres galantes de la caballería, hubiese más entusiasmo por el lujo en las cortes de Castilla, de Aragón, de Italia y de Francia, es lo cierto que la novedad en los trages fué exagerada, creyendo de su deber los legisladores combatir esta exageración con leyes suntuarias y pragmáticas que no la corregirían gran cosa. Por diversas crónicas antiguas consta que las damas castellanas exageraban, inventaban y variaban sus trages y tocados, con más ahínco que las de Navarra y de Francia. Podría influir en esto el contacto con la raza árabe y la brillantez de los cortesanos de D. Enrique IV y de D. Juan II, tan dados á saños, como á justas y torneos, en que se desplegaba una riqueza y fantasía casi mayor que en los pueblos orientales. Siempre lo han llevado todo á la exageración los españoles: cuando se trata de política, la política; cuando se trata de modas, las modas. Sabido es que hoy por hoy, todas las modas francesas que aceptan nuestros elegantes y nuestras damas, son exagerando sobremanera las que ordena la veleidosa moda desde París, y las modifican aumentando, variando y recargando de detalles en tal manera, que llega á perderse aquel gusto, aquel aire, aquella delicadeza, digámoslo así, que tienen las modas exactamente parisienas, mientras no caen en desuso por otras sucesivas. Lo mismo sucedía en hombres y mujeres durante el siglo XV, y en particular del reinado de los Reyes Católicos tenemos datos preciosísimos. No otra cosa se desprende de los cinco capítulos de un interesante códice de la biblioteca del Escorial, en que fray Hernando de Talavera, confesor de la reina doña Isabel, criticaba sobremanera los excesos y novedades en vestiduras y trages. Preferimos publicarlos completos é íntegros, para que pueda conocerse mejor el carácter de aquel tiempo, y no pierdan el sabor de antigüedad que tanto interesa en los cuadros de costumbres de las épocas remotas. Hélos aquí:

CAPÍTULO IV.

De la tercera manera de peccar; que es buscando mill maneras y novedades de vestiduras y trages; como en el campo muchos quierados adobados y potajes; y especialmente por algunos prácticos de como en nuestros tiempos han sucedido y suceden en aquesta manera los casques.

Lo tercero acaese peccar y exceder, no en cantidad ni en ser costosas las uiandas; mas solamente en que sean adobadas y muy guisadas, aunque de suyo fuesen comunes y despreciadas, y en esta manera peccauan muchos de los judíos en el desierto quando Nuestro Señor les daua aquel celestial y milagroso mantenimiento, ca no se contentauan de lo guisar simplemente; mas eataudo maneras como mejor les supiesse. Bien assí hay exceso grande y común en el traer y en el uestir, ca dextado lo natural, buscan las personas varones y mujeres de todo estado seglar mill maneras y novedades de uestiduras y trages, novedades en los colores de muchas y diuersas maneras muy agenas de la simpleza natural con que nos dán la lana las ovejas. Lo qual podría bastar assaz si la malicia humana se quisiesse contentar. Ca si Nuestro Señor mandó teñir las pieles, coberturas y cortinas del tabernáculo y aquel sacerdote vestiesse túnicas jacintinas; todo aquello fue porque segund nuestra malicia no fuesse despreciado su oratorio y templo,

y mas especialmente por dar á entender en aquella manera grande y grandes misterios, que están allí cubiertos, pero aún medio mal seria, y allí pasaría si con las mudanzas y diversidades de los colores, fuesen los ombres contentos. Mas comenzando en los varones, ya usan camisones bastillos, ya muy delgados contra la intención de la camisa, que fue hallada para dormir con ella, ó por mas guardar la honestad, ó porque entonces no se usaban saunas, y así dice Sant Isidoro, que camisa, ó camison, tomó nombre de la cana. Ya los usan cortos, ya muy largos, ya randados, ya plegados, ya los cabezones como camisas de mujeres costosamente labrados; ya usan jubones de fustán; ya de fustela; ya de seda; ya de paño, y aún nuestro tiempo para poco se tiene quien no lo trae de brocado; como en otro tiempo solo caballero de grand estado usasse traer brocado, ya todo de un paño, ya la mitad falsado. En el buen tiempo collar y puñetes eran de otro paño. Los collares ya anchos y muy apartados y de muchos paños aforrados; ya instos ya pegados, y solamente engrudados. Las mangas ya enteras; ya trenzadas; ya cerradas; ya abiertas, y las mangas de los camisones mucho sacadas, ya justas; ya baidas, ó fronzidas; ya los cobdos, ya los ombros plegados, ya simples y sin braones, ya con ellos muy penosos, dañosos, costosos y deformes. En los pechos un tiempo cubriehelos encordados con cordones, ó con cintas como mugeres. Otro tiempo y esto era mejor cubiertos con paletogues de puertas enteras, ó de medias puertas, ya usau mantos, ó corochas, quando plegados, quando marvetados; quando en los ombros golpeados; agora gracias á Dios llanos, ya ropas; ya balandranas; ya gauardinas; ya gauapes; ya lomas; ya tabardos; ya espas; ya capuces; ya ropas largas y rocagantas; ya tan cortas y deshonestas, que aún no cubren las verguenças; ya pellotes y aljubillas; ya sayos sayuelas con muchos pliegues á las caderas contra la composición de los varones, que cómo pareciera adelante han de tener, y tienen naturalmente grandes áreas y pechos y las caderas pequeñas, al contrario de las hembras. Pues en el ceñir, ya cintas apretadas y bruidas y angostas; ya flojas, anchas de caderas, ya cintos llanos; ya moriscos, y de mill maneras y muy costosamente labrados, ya coguadas en las cintas, ya dagas, ya puñales, ya bolsas de seda, ó de lana muy labradas, ya tassas; carnicules, escarcelas, ó almaceradas, en las cabeças, quando caperucas y carmesíolas de vara en luengo, quando capellos con grand boca y grand ruedo ya con pequeño, quando sombreros; ya pelados y pardillos; ya negros y de fieltro, ya con grand ruedo; ya con pequeño, quando bunetas dobladas; quando sencillas, quando levantados y llenos de viento, que pequeño ayra los derriba, y dá con ellos en el suelo, quando metidos y enaxquetados que han menester ayuda para quitarlos, quando sanos, quando hendidos, morados, bermejos, verdes, azules, pardillos y negros, alharemes y sudarios encima dellos, quando cabellos muy alto cercenados y hacia arriba alçados y encrespados, quando luengos muy peynados y alçados y con grand compás y grand estadió hechos y afetados. Lo primero era natural y masculino. Lo segundo mugeril y femenino, y por esso defendido segund que ya arriba fué apuntado. En el calçado las calças, un tiempo abiertas, y otro cerradas, en un tiempo vixenynas, y en otro italianas. Un tiempo botas francesas delgadas y muy estrechas; otro tiempo anchas, gruesas y azaculas, otro tiempo borsegues de mill colores, con vandas ó syu vandas, ya muy anchas, ya muy estrechas y apretadas en los piés, quando calças de soleta con chinelas, ó sin ellas, cuando zapatos de cuerda con puntas mucho luengas, con galochas, ó sin ellas, quando zapatos romos con alcorques, ó sin ellos; ya blancos y de venado, ya de diversos colores, con puertitas ó sin puertitas, con cayrales de oro, ó de seda labrados, ya de muchos lazos, ya de un lazo, ya abiertos, ya cerrados. O miseria de gente seglar, quien podrá contar, ni medir decir el estadió demasado que tiene y há tenido en vestir y traer y calçar, y los peccados de muchas maneras, de soberbia, de vanidad, de luxuria, de dissolutión, de prodigalidad y ambicion, de rapinas y tiempos perdidos que se cometen en lo tal. Verdad es que al desque el mundo es mundo y uno loco en el que toda su felicidad pusiessen en el traer, uno algund siglo ó tiempo honesto en que los varones se midiesen y reduxissen á lo simple y natural cessando de lo compuesto fingido y mucho superfluo: ha sido este nuestro, en que por la bondad de Nuestro Señor de veynete años así en todo lo susodicho hay mucha honestad y modestia. Mereció las gracias desto el rey D. Enrique quarto que en esto fué ordenado; muy cuerdo y muy honesto. El qual honestando su real persona y siguiendo en esto lo natural y verdadero, hizo honestar á todo el Reyno, quanto á los vapores, digo mayores ó menores, caulleros y escuderós, casados y mancebós; que quanto

á las dueñas grandes y pequeñas, mucho y mas que mucho creció la dissolutión en su tiempo. Regla es general que no puede faltar, que qual el rey, y qual la Reyna en lo bueno y en lo malo; tal es todo el Reyno en lo vaponil y en lo mugeriego, por lo qual en Grecia al rey llamaron basileo, que quiere decir pilar del pueblo, porque si él está derecho ordenado y honesto, tal está todo el pueblo. Esto significa la corona real que el rey trae en la cabeza que sostiene los pueblos y está cargado y cargado dellos, y que do quier que se mueva y vá en las costumbres, ó deshonestas; allí van y se mueven ellos. Cosa es mucho de mirar y aún mucho de llorar á los principes que no son buenos; porque dissolviendose ellos escandalizan y pronocian á dissolutión sus Reynos; y peccan gravissimamente dando ocasion á que pequen ellos, y así seran atormentados más que todos en los infierros, por el contrario los buenos principes son todos y sobre todos ensalzados en los cielos; quales quiera Nuestro Señor que siempre sean los nuestros.

CAPITULO V.

Pues pudistes oír en la muestra xristiana que se celebró y se celebra las mugeres.

Vengamos al estudio demasado, y al exceso muy practicado que comunmente tienen las dueñas en la manera de su traer, tocar, vestir, calçar y en todo el atañido de sus personas, y aun rosadas en lo de sus camas, palacios y estrados; si no que no es aqui lugar para demostrar que tambien en aquello hay muchos peccados.

Cosa vergonzosa y mucho curiosa parece á nós hablar esto. Mas el propheta Isaias nos quita la verguença que lo trae y repréhenle todo por menado de peca fasta cabeza. Dán nos otro si licentia los otros prophetas y los santos apóstoles que en ello pusieron lengua, pues cierto es así que yo hablo y escribo dello de mala gana. Mas rememere nós la conciencia, porque el escasso es tan grande en algo de lo deste tiempo, que si callassemos nos, hablarían las piedras, como dice el Santo Evangelio.

Agora pues demandando perdon á las honestas, y cargando la culpa á la dissolutión de las otras; comencemos de las cabeças. Casadas y por casar se dissoluen primeramente en eriar y azufiar los cabellos; comencando á representar el sufrimiento de los infierros, y las biuas llamas de aquel terrible fuego humoso, obscuro y negro, en que han de arder con ellos; ya descubren toda la cabeza, porque parecen más los cabellos, ya la cubren con erispina de oro, ó con aluengas de seda muy sotilmente texidas y obradas, ó con filetes lavatados, ó solamente llanas, ya echian la clencha de fuera, y hacen grand partidara, torciendo los cabellos y componiendolos para cubrir las orejas, y aun dexando algunas mochuelas fuera, ya hacen dellas diadema, ya los rogen en trancados costosos y muy delgados, con cintas de oro, ó de seda liados, ya se tocan cubriendo la cabeza toda, y atrás partidara y descubriendo la media. Otras algunas que piensan tener el medio, descubren sola la trencha. Las tocas pocas vezes son luengas, que descienzan fasta los pechos, muchas vezes son cortas, que apenas cubren las orejas, ya son cambradas de lino, ya son de seda, ya son implas romanas, ya encrespadas, ya espumillas, ya leucarejas, ya llanas, ya trepadas, ya las ponen con bueltas, ya las hacen tambas; sin moños, ó con moños, ó con moños nunca falloca, de moños que ayudan á levantarlas, y lo que es peor, y mas defendido que algunas ponen bonetes sin verguença en sus caras. Callo de los firmalles y joyelas de las frentes, de los cogillos y arcaçadas, de los collares, cartales y almanacas. Vengo á las alcandoras labradas y cintadas, y de muchas maneras plegadas, á los corpetes de oro brostados, ó de mucha seda labrados que ponen ante los pechos. Solian usar gorgueras que cubrian las espaldas y los pechos como arriba se tocava, aunque eran tan delgadas labradas y randadas, que se podia bien trasladar la blancura dellos, pero más honesto era, que traerlos descubiertos. Ya quien podrá decir las mudanzas de las faldetas y diversidades de muchas, y muchas maneras de los brialos, brialos de fustán, de paño, de seda, y á las veces de brocado, de las cortapisas de las alhorzas, ya chamurras, ya francesas, de las faldas, quando muy luengas, quando muy cortas, y aún quando redondas, y aquello era bueno. De las aljubas, cotas, balandranes, marlotas y tauardos, de paño, de penna de lino y de seda, de las cintas y texidos de diversas maneras labrados y guardados, y de los redondeles y por demases, y mantos cogonelas del otro tiempo, y de los mantos lombardos y scullanos, quanto cintados, quanto cayrelados, si todo se ouiesse de decir nunca acalantamos, y de los chapines de diversas maneras obrados y labrados, castellanos y valencianos, y tan altos y de tan grand quantidad,

que apenas hay ya corchos que lo puedan bastar, á grand costa del paño, por que tanto há de crecer su necesidad quanto el chapín finge de altura, aunque há de faltar algo, y no llegar al suelo para que parezca lo pintado del chapín, ó del guero. Pues aún añaden Ezequiel profeta, et Isaias de las manillas de los brazos, y de los anillos de los dedos, y otras muchas cosas dicen ellos y los otros que yo canso de poner, bástas y deus bástas que sepan las que exceden en esta manera, y los padres, ó maridos que lo consienten; que ellos y ellas offendén mortal, ó venialmente. Quia facientes et consentientes. Este exceso defende el Santo Evangelio quando nos conseja y manda que no seamos mucho solícitos de la vestidura, ni del mantenimiento. El entidado defende demasado de las cosas semejantes, mas no el de lo necesario á cada uno segund su estado. Verdad es que el sabio Salomon alaba á la muger virtuosa; de hazendosa y aliñosa y de aver hecho para sí vestidura preciosa de diversos colores y de tener pronidos á los de su casa de vestiduras dobladas. Mas aquellos locos mas son de virtudes y bondades significadas y dadas á entender por aquellas semejanzas de vestiduras; que no de terrenales composturas. Estas que así se visten y se precian del traer, dice el Santo Profeta y el rey David, que son semejantes á los ídolos, et imagenes de los templos, y aún el rey Salomon fue de los que mucho excedieron en el comer y en el vestir, y en el traer en su persona, y en sus mugeres, y en los familiares y servidores; tanto que la Reyna de Sabba se maravilló de las vestiduras de los ministros, quando vino á lo oír y consagor, y así haze la Santa Escritura comparación á las vestiduras de Salomon quando de excellentes vestiduras dice algo, y aun Nuestro Redemptor dellas hizo mencion como escarneciendo y burlando, quando dixo que nunca Salomon alcanzara vestidura tan linda y también colorada en todo su triumpho y gloria como la alcanza el lirio y la rosa. Tambien es verdad que la Reyna Hester vestiduras tenía preciosas, luengas y mucho costosas, y que una donzella le levanta las faldas, Mas ella mesma confessa que nunca se delcibó en vestirlas, ni usó dellas; salvo quando havia de parecer ante el rey por cumplir con el estado real y con el. De Nuestro Redemptor dizen algunos que trayo manto azul y la saya de encima morada. Mas del vestir de Nuestro Señor, y de Nuestra Señora, no hay escrípto cosa cierta, y lo que más se creó que Él y Nuestra Señora andouessen vestidos de grueso bariel, y que traxessen dos ó tres sayas y manto encima; por se conformar al uso de los sacerdotes y honestos judios de aquel tiempo, y por consolar con su exemplo á los flacos que no pueden passar con tres vestiduras; especialmente en las tierras frias. Pintarlos con vestiduras de color, y que parezcan preciosas por adorar la pintura; como pintan á Nuestra Señora vestida de brocado, y ella nunca lo vestió, ni aun fino paño.

(Se continúa).

FLORENCIO JARER.

TRADICIONES MADRILEÑAS.

EL CUBO DE LA ALMUDENA.

*Si descubriete quien es,
La Randa desde una almuda
Le habló una noche cortes,
Por donde se abrió después
El cubo de la Almudena.*
N. P. MORATIN.

I.

Era en 1084, y al declinar de un día de noviembre: el sol se ocultaba detrás de un grupo de nubes blanquecinas, y sus postreros rayos doraban la cumbre de las montañas. Destacándose en la parda llanura se alzaba Madrid, robusta y temida fortaleza, vigia y antemural de la Imperial Toledo, y que como centinela avanzado, veñia dos montes con ancho cinturón de almenados cubos y murallas.

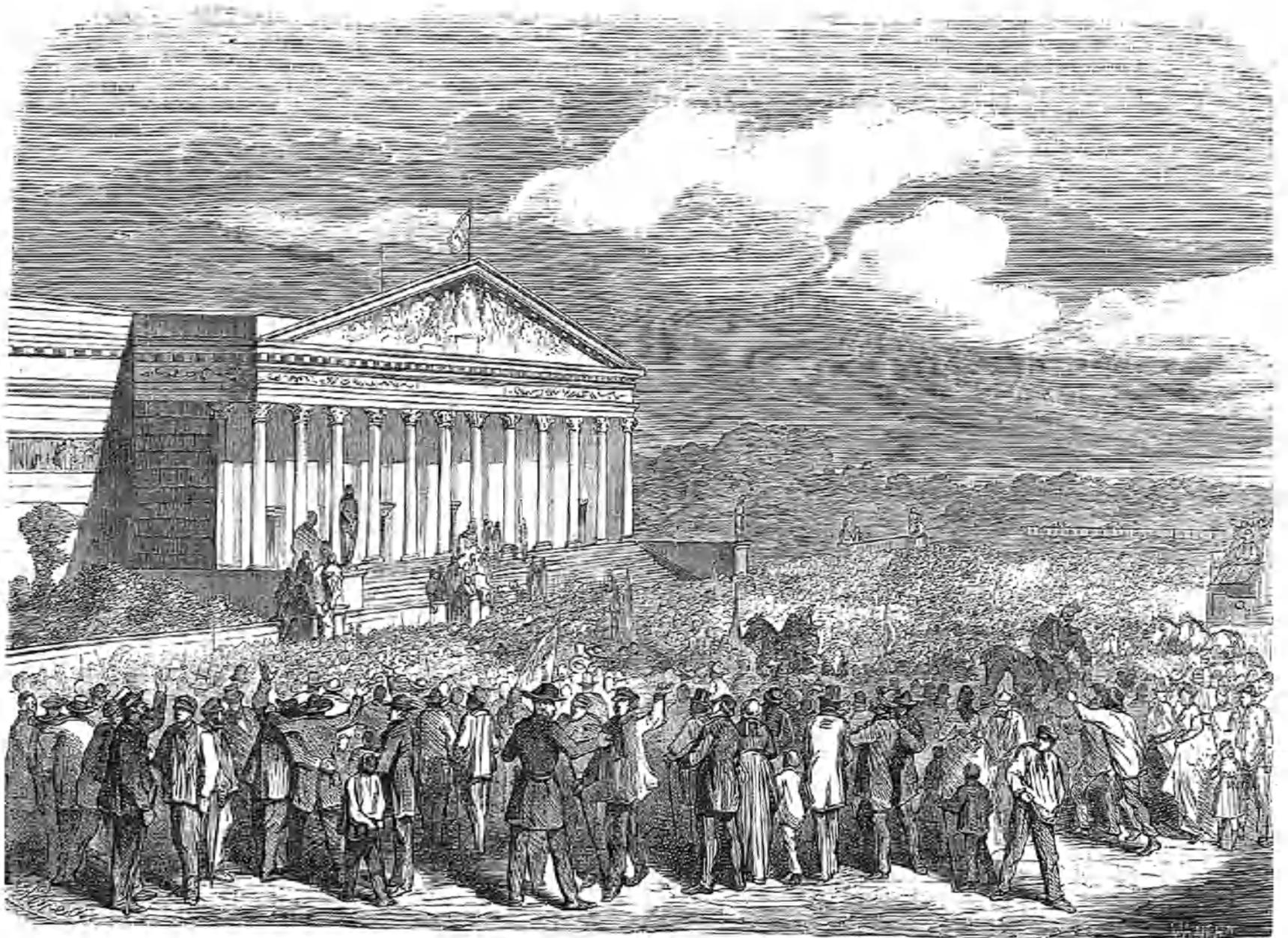
En una cámara del morisco alcázar ó castillo, estancia adornada con el más refinado lujo oriental y que recibía la luz del sol poniente por una dilatada galería abierta sobre el parque que bordaba la orilla del río, se veían dos personajes ocupados, al parecer, en importante y animado coloquio. El primero era un árabe de rostro moreno, ojos vivos y penetrantes y rizada barba; vestía un magnífico traje de guerra y cubría su cabeza con un rico turbante de seda verde; recostado suavemente en un diván, se envolvía con desecuido en el blanco albornoz, por bajo de cuyos pliegues asomaba el brillante puño de su alfango, incrustado en piedras preciosas. Aquel moro era el valeroso Úmer Yahija, señor y



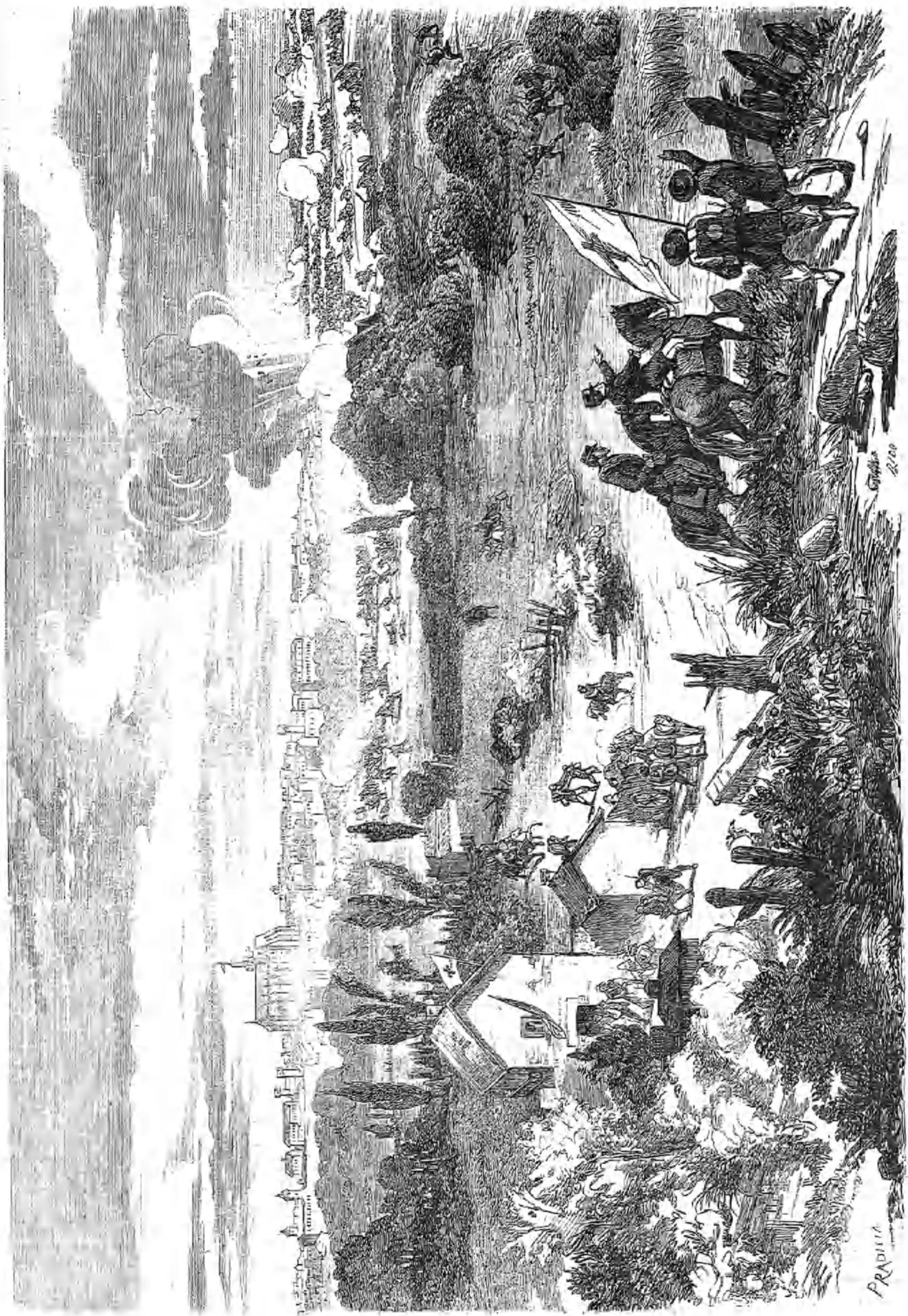
GAMBETTA, DIPUTADO DE LA EXTREMA IZQUIERDA.



EL CONDE DE PALIKAO, JEFE DEL MINISTERIO FRANCÉS.



ALREDEDORES DEL CUERPO LEGISLATIVO FRANCÉS AL ANUNCIARSE EL CAMBIO DE MINISTERIO.



PRUSIA

2/20

GUERRA DE FRANCIA Y PRUSIA.—EL EJERCITO FRANCÉS AL MANDO DEL MARISCAL TAVARNE ABANDONA SUS POSICIONES DE MAR-LA-TOUR Y SE DIRIGE AL AMPARO DE LAS FORTALEZAS DE METZ.

alcayde de la fortaleza de Madrid por el muy poderoso Hissem Almenon, rey de Toledo.

El segundo personaje que se hallaba de pie y á poca distancia del árabe, era un viejo de aspecto imponente, encorvado bajo el peso de los años: sus ojos hundidos, su frente ancha, pero surcada por las arrugas y su barba blanca y prolongada hasta mitad del pecho formaban un conjunto extraño. Vestía un sayal azul ceniciento; sobre esta túnica, que le cubría hasta los pies, llevaba otra más corta de lana negra; sus pies calzaban sandalias rojas, y la cinta egipcia ceñía su cabeza.

—Si, decía Omer con acento sombrío y dirigiendo al anciano miradas penetrantes, esos perros nos tienen cercados como á ovejas en redil, y si el poderoso Almenon deja de socorrernos, Madrid, el inexpugnable baluarte de la media luna, sucumbe ante las enaenias cristianas.

—Alcayde, repuso el viejo astrólogo, desplegando sus diligados labios en una fría sonrisa imperceptible; veo cuán poco fías en el Profeta, y que para tí el esfuerzo de las armas es todo. Escúchame: misteriosa tradición vela por esta fortaleza; inmutable leyenda declara que mientras en estos muros no sea descubierta la imagen de María, oculta por los cristianos durante la invasión de Muza y Tarif, en tanto que aquí no aparezca ese ídolo, Madrid resistirá el empuje de sus enemigos. ¡Aun cuando su número iguale á las arenas del mar y á las estrellas del cielo.

—¿Se podrá confiar en esa profecía?

—Y cómo no, si ella es el fruto de largos años de meditación y estudio.

—Said, interrumpió el caudillo; si cuanto dices es verdad, si los cristianos desaparecen de esas colinas, te he de hacer pesar en oro.

—¿Temerás aún preguntó el egipcio.

—Mira, replicó Omer alzándose de su asiento, y conduciendo al viejo á la galería, elevó su brazo hacia la campiña.

Al lado opuesto del río Manzanares, casi envueltos por la bruma de la tarde, se divisaban numerosos puntos blancos, salpicando la falda de la colina.

Era el campamento cristiano.

—Mira aquella poderosa hueste, dijo el Alcayde, y si hay motivo para dudar del triunfo.

—Respirad sin temor, replicó el viejo; la predicción tiene que cumplirse; Madrid será libre, y la sangre del rey Alfonso y sus soldados aumentará las corrientes de ese río.

—Alá así lo quiera, exclamó Omer, y él con el astrólogo continuaron en silencio, contemplando la campiña que poco á poco iba desapareciendo bajo las sombras de la noche.

II.

Madrid, castillo importante, valladar de la poderosa Toledo, era refugio de las huestes moras, que desde la fortaleza, se lanzaban sobre las tierras de Castilla y volvían á Madrid cargadas de botín y después de haber sembrado la destrucción y la muerte. Alfonso VI al frente de sus victoriosos escuadrones, ansiando atacar á los moros de Toledo, imperio gigantesco que reflejaba la grandeza del califato cordobés, había traspuesto la sierra, y como torrente desbordado derrumbándose por la llanura, aventaba con sus estandartes á los moros, que amedrentados se refugiaban en sus lugares y castillos. Aquella terrible avalancha de hombres de hierro, corriendo por las orillas del Manzanares, llegó á plantar su campo delante de Madrid.

Las primeras tintas de la alborada se anunciaban en el límpido azul del cielo; el ejército de Alfonso VI comenzaba á ponerse en movimiento; la brisa de la mañana rizaba el blanco lienzo de las tiendas, y el sordo murmullo del río, que se deslizaba en la hondura, se confundía con el rumor del campamento. La niebla ceruñándose en el valle ocultaba las colinas; enfrente y confundidos en la oscuridad del crepúsculo se divisaban los rojizos murallones de Madrid, y á la izquierda las altas cimas del Guadarrama, como gigantes cubiertos con sudarios de nieve.

Alfonso acababa de dar orden á sus capitanes para disponer las huestes al asalto. Toda la noche había estado el monarca esperando las gentes de Segovia que debían ayudarle en la empresa; al amanecer los vigías anunciaron que crecida tropa avanzaba hacia el campamento. Eran los segovianos, cuya llegada habían retardado las nieves que cubría la sierra; vistiendo blancas dalnáticas, tremolando sus pendones, apreciaron los nuevos soldados castellanos, recibidos con gritos de júbilo por leoneses y gallegos.

—Señor, gritó Díaz Sanchez de Quesada, caudillo de

los segovianos, alborozado al ver al monarca y tremolando en alto el estandarte de la ciudad; señor, aquí llegamos dispuestos á morir por nuestra santa causa.

—¿Tarde venís! respondió Alfonso sin disimular su orgullo.

—La espada suplirá el tiempo perdido, replicó el castellano con mesura; señor, señaladnos alojamiento.

—Basado en Madrid, exclamó el rey irritado.

—En Madrid, pues, le encontraremos, interrumpió Quesada.

—¡Si, si! repitieron los segovianos con entusiasmo, y sus gritos se confundieron con los sonidos de clarín.

III.

El sol esparcía sus brillantes rayos, y todo anunciaba una mañana clara y esplendente. Los cristianos avanzan sobre Madrid en impetuoso empuje, traspasando el río y dividiéndose en varios grupos numerosos, toman los leoneses al asalto combatiendo la Puerta de Balnadrú; los castellanos acometen el alcázar. Los árabes, coronando torres y puertas, lanzan una nube de dardos y piedras sobre los sitiadores; el polvo oculta á los soldados; la inmensa granjería atruena los valles y montañas; el mismo rey Alfonso acandilla á sus huestes, acometiendo el muro con intrépido arrojo; entonces es cuando los segovianos, agitando al aire sus enseñas, rompen contra la muralla de las Vistillas; trepan á los cubos de la Puerta de la Vega, y salvando las almenas saltan á las almenas, sembrando la destrucción y la muerte. Cunde el espanto entre los árabes madrileños; corre la sangre en anchos arroyos, el polvo envuelve á los combatientes, la bandera de Castilla ondea en la más alta de los baluartes, confúndese el grito de victoria con los alaridos de muerte y en tal momento, con horrendo estrépito, el torreón se desploma sepultando entre sus ruinas á los árabes defensores, y en el hueco del portillo, los moros espantados contemplan la imagen de la Virgen, oculta en aquel sitio desde la fatal derrota de Guadalste. El prodigioso hallazgo aterra á la morisma que ve cumplida la profecía de su perdición; animanza los cristianos y Madrid es ocupado al fin por las huestes de Alfonso VI, vencedoras más tarde de la imperial Toledo.

La Virgen de la Almudena, apellidada así por encontrarse en el torreón ó alameda (depósito de trigo) de los moros, pasó á constituir una de las más bellas tradiciones religiosas de Madrid, nuda á la gloriosa conquista de la heroica villa.

JOAQUÍN TORREO Y BENEDICTO.

REVISTA MONUMENTAL Y ARQUEOLÓGICA.

(Continúa.)

V.

Y es tanto más fundada esta nuestra esperanza, cuanto que no se concebía esta conducta en el Gobierno, dado el empeño que muestra en la conservación y aún restauración de otros monumentos arquitectónicos, que si encierran más belleza artística, no alcanzan, históricamente considerados, tan alta importancia como las referidas colegiadas. Llega en efecto á nuestra noticia que por el ministerio de Fomento se ha resuelto al cabo la restauración del claustro de *San Juan de los Reyes de Toledo*, há muchos años proyectada. La grande fama que esta riquísima construcción, aunque ya de un período decadente para el estilo ojival, ha logrado, así entre naturales como extrajeros, desde que la dimos á conocer, con algun sentido arqueológico, en nuestra *Toledo Pintoresca*, hasta que ha sido magistralmente ilustrada en los *Monumentos arquitectónicos de España* (1845—1887),—parecía imponer al Gobierno constantemente el indeclinable deber de restituir con bella fábrica á su primitivo estado, reparando los estragos en ella producidos por el hierro y el fuego francés en 1808. Por fortuna, de los montones de escombros que obstruían, al crearse en 1844 las Comisiones provinciales de Monumentos, las dos terceras partes del claustro, logró extraer en los primeros años de su existencia la de la referida capital copia tal de fragmentos decorativos, que sin grave dificultad artística ni excesivo coste era fácil llevar á cumplido y satisfactorio término la restauración ambicionada. Faltaba sólo la resolución del Gobierno—diferentes veces anunciada sin fruto; y la más severa imparcialidad nos mueve hoy á decir, que ha sido ésta adoptada y puesta en vías de ejecución, cuando más contrarias parecían para ello las circunstancias públicas.

Prueba evidente es este significativo hecho de las observaciones críticas, que sirven de base á las presentes revistas monumentales y arqueológicas. Haciendo un extraordinario esfuerzo para allegar los fondos necesarios, responde el ministerio de Fomento, al decretar la restauración de *San Juan de los Reyes*, al sentimiento universal que ha protestado, y todos los días protesta, contra el vandalismo destructor que ha convertido en polvo tantas maravillas de las artes y tantos monumentos históricos. ¿Acertará de igual suerte á dar cumplida cima á la restauración mencionada?—La obra está muy lejos de ofrecer dificultad alguna de construcción, ni de arte; para realizarla, cual cumple al carácter del monumento, bastan sólo aquella inteligente observación, aquel amoroso respeto y aquel no somero conocimiento del estilo arquitectónico á que el monumento pertenece; cualidades suficientes sin duda á llenar los vacíos que en la ornamentación del claustro resultaren, al aspirar á constituir de nuevo un todo perfecto. Lo que en *San Juan de los Reyes* se necesita, es una verdadera restauración arqueológica.

Diceanos á este propósito que el Gobierno piensa constituir, á ha constituido ya, una junta ó comisión especial para que entienda exclusivamente en este asunto, sin intervención de otra alguna.—Ingenúamente lo sentimos; porque semejante procedimiento, sobre ser ocasionado á error, incurrir, acaso sin imaginario, un agravio inmerecido á la Comisión provincial de Monumentos de Toledo y aún á la Academia de San Fernando. Por el artículo 17 del *Reglamento* vigente de aquellas corporaciones se declara y determina, como la primera de sus principales atribuciones, «la conservación y restauración de los monumentos históricos y artísticos que fueren propiedad del Estado» (párrafo 1.º); y no en otro caso se halla el *Claustro de San Juan de los Reyes*. ¿Qué motivo puede haber para arrebatar á esta Comisión de Monumentos obra tan propia de su instituto?

Pero hay más. Ni aún el temor siquiera puede abrigarse de que, procediendo por sí y ante sí, comprometa la Comisión toledana el éxito de la restauración. «Dadas del buen nombre de sus individuos, es garantía del acierto, respecto de este linaje de obras en toda España (el nada dudoso contexto del párrafo segundo del artículo referidos del ya mencionado *Reglamento*); deber es, por esta disposición, de todas las Comisiones de Monumentos «el someter al examen y aprobación de la Academia de San Fernando los proyectos de restauración de los edificios confiados á su celo». ¿Qué mayor garantía puede encontrarse, ó pedirse?... Así, armado de las disposiciones legales que rigen en la materia, tiene el ministerio de Fomento en su mano los medios más adecuados y suficientes para dar cabo á su laudable propósito de restauración del claustro de *San Juan de los Reyes*, sin introducir novedades peligrosas, ni vulnerar el derecho establecido. Mucho nos holgaríamos, por el mejor éxito de la empresa, de que en tal manera lo reconociese, si por ventura fueran ciertos los informes que en el particular poseemos.

VI.

Tarea análoga ha estado sobre sus hombros la Comisión provincial de Burgos, con trasladar, según ya insinuamos, desde el monasterio de Frez del Val á la antigua catedral de Castilla, los preciosos sepulcros que yacían allí abandonados, corriendo el diario peligro de ser del todo destruidos.—Pero la Comisión burgalesa no se ha contentado con la adquisición, largo tiempo adelantada, de los preciosos enterramientos, cuya magnificencia y belleza los habían hecho dignos de figurar en los *Monumentos artísticos de España*. Creyendo tal vez que se hallaban expuestos á igual peligro que los sepulcros de Frez del Val, ó que acaso corrían el riesgo de extravíarse, ha puesto mano la citada Comisión, en virtud del decreto de incautaciones, en las preciosidades artístico-arqueológicas que se guardaban en la iglesia del extinguido monasterio de Santo Domingo de Silos.

Son indudablemente las principales tres arquetas de reliquias; pertenecen dos de ellas al estilo románico, y la tercera al arte árabe, siendo todas dignas del mayor aprecio. A tod o excede, sin embargo, en mérito y magnificencia el bellísimo altar en que fue canonizado Santo Domingo Maso, por la piedad de sus compatriotas, el año de 1070, recogido asimismo por la Comisión burgalesa.—Hace poco vieron estos objetos la luz pública, perfectamente diseñados y en excelentes cromas en la magna obra de los *Monumentos arquitectónicos de España*. La Comisión provincial de Burgos ha contraído, sin embargo, al adquirirlos, el formal e indeclinable compromiso no sólo de conservarlos, sino de ilustrarlos

con nuevos estudios arqueológicos. ¿Nos ofrecerá pronto este satisfactorio resultado?... Muy de esperar es que así lo haga, cuando sabemos que no ha esquivado arrostrar el enojo de los que en Silos se oponían a la traslación de los relicarios y del altar referido. Pero este último, joya peregrina de las artes españolas, al declinar el siglo XI, —no pide sólo un examen profundo y luminoso, cual monumento histórico: exige también por su importancia el mayor esmero y cuidado, para su conservación, en el lastimosísimo estado en que ha venido a poder de la Comisión de Monumentos; y en ello están vivamente empeñados la ilustración y el celo de todos sus individuos.

Y no lo aparecen menos respecto de otras adquisiciones. La Comisión de Burgos ha recogido y trasladado a la capital la mayor y más granada parte del famoso archivo de Valpuesta, con su excelente libro-becerro, así como numerosos diplomas y papeles de Castrogeriz, en que se cuentan privilegios reales, al parecer de gran importancia, y algunos códices del ya mencionado monasterio de Silos. Halláase dos de éstos exornados de preciosas miniaturas: la ignorancia o la codicia ha cortado, no obstante, al más antiguo las bellas letras titulares que lo enriquecían. Obligación es, por tanto, de la Comisión provincial de Burgos, y obligación que llenaré sin duda de muy buen grado, el catalogar y describir, dándolos a conocer dignamente, todos estos documentos, que vienen a acudalar la biblioteca y archivo de la provincia, así como los objetos de arte monacales contribuyen a enriquecer las colecciones arqueológicas, base y fundamento del futuro Museo de Antigüedades.

VII.

Con el mismo loable propósito trabaja la Comisión de Monumentos de Mérida. —Abundan en esta capital los aficionados a antigüedades, como abundan los que hacen de ellas asunto de logro y aún de comercio reanudando las no sin frecuencia a esta corte. Hay allí quien, a título de inteligente, se habla de la credulidad de los extraños, y abusa de la ignorancia de los propios, cuando de antigüedades o de objetos de arte se trata. —El incentivo en la adquisición de tales objetos crece, no obstante, cada día, y al paso que se forman notables colecciones particulares, aumentase respecto de la Comisión provincial de Monumentos las dificultades para la creación del público Museo.

Mas no por esto ha decaído su entusiasmo, ni cejado su celo. Obtenido el local, que lleva el título del *Convento*; hechas en él las obras necesarias, y construida la estantería conveniente, merecá a la protección concedida al proyecto por la Diputación de provincia, háse encargado de la ordenación de los objetos y de la formación del oportuno catálogo razonado una comisión, compuesta de los académicos correspondientes de la de San Fernando, D. Gerónimo Ros, D. Juan José Belmonte y D. Juan Alhacete y Long, quienes no perdonan medio para lograr que se abra al público próximamente el deseado Museo de Antigüedades.

Mucho ganará aquella capital, cuando esto suceda, en la estimación de los hombres ilustrados. Sus precedentes históricos hacen esperar que sea en Museo uno de los más interesantes que se erijan en provincia, y los objetos hasta ahora allegados no desmenten esta racional esperanza. Sin perjuicio de que más adelante consagremos a este, como a los demás establecimientos de su especie, algunas particulares revistas, a fin de dar a nuestros lectores cabal idea de la principal riqueza artístico-arqueológica salvada por el celo de los hombres doctos, en medio de la borrasca que há tiempo corre en toda la Península, hiezo nos será consignar desde luego que dominan en el Museo de Mérida los monumentos de la Edad Media, caracterizando singularmente sus nacientes colecciones. No faltan, sin embargo, preciosos objetos de más cercanos días, como tampoco de la Edad clásica. De todos, merecá a la ilustrada mediación de los señores arriba indicados, nos prometemos ofrecer notables ejemplos, así como esperamos confiados al no lejano instante de felicitar a la Comisión provincial de Monumentos al ver coronados sus nobles esfuerzos de hoy con la apertura del ambicionado Museo de Antigüedades.

VIII.

Mientras de este modo se traduce en hechos favorables al cultivo de la ciencia histórica el noble anhelo despertado en las provincias, háuse mostrado fuera de España infatigables, para allegar todo linaje de objetos prehistóricos, otros muy entendidos cultivadores de las ciencias antropológicas. Nos referimos al profesor de la Universidad central, D. Juan Villanova y Piara, que procura con loable tesón popularizar dichas ciencias en sus

lecciones del Ateneo, y a su entusiasta y laborioso amigo y discípulo, D. Francisco María Tubino, conocido ya en la república de letras y artes por notables trabajos, alguno de los cuales há merecido ser laureado en público certamen por la Real Academia de San Fernando. — Miembros uno y otro del Congreso Internacional de arqueología y antropología prehistóricas, no sólo dieron honroso testimonio, en la última reunión del expresado Congreso, de que no eran peregrinos en nuestra España los indicados estudios, sino que fijan sus miradas en el útil intento de acudalar las nacientes colecciones de dichos objetos, que en España poseemos, han logrado recoger en su viaje científico, realizado durante el próximo pasado otoño por Dinamarca y Suecia, muchos y muy estimables monumentos, correspondientes a aquel primitivo estado de la humanidad, y de su incipiente cultura.

Para darlos a conocer debidamente han celebrado los señores Villanova y Tubino cierta manera de exposición en el local que ocupan los gabinetes de Historia natural, exposición que ha sido frecuentada por cuantos se muestran algún tanto inclinados a estos novísimos estudios. Deseosos de generalizar la doctrina y de hacer fructuosas sus propias observaciones, así respecto de los objetos por ellos allegados como de los que han estudiado en los Museos de Suecia y Dinamarca, han escrito y presentado los colectores al Gobierno una erudita cuanto curiosa *Memoria*; calificaciones que legitiman plenamente la variedad de las observaciones científicas y la rareza de los datos sobre que éstas se fundan. De anhelo es que, acogiendo el Gobierno, como parece justo, el precipitado trabajo, responda del modo que exige la cultura nacional a la noble y generosa iniciativa de los señores Villanova y Tubino. Si tal sucediera, serán en breve del dominio público las científicas tareas de estos infatigables escritores, por lo cual nos abstenemos ahora de dar mayor idea de sus trabajos. Mas, si lo que nos esperamos, dejare de imprimirse la citada *Memoria*, nos veremos forzados a hacer de ella en nuestras revistas arqueológicas más detenido análisis, aún a riesgo de que no alcancen nuestras observaciones a conservar todo el valor de las que avaloran la obra de nuestros doctos amigos.

IX.

Háse hablado estos días pasados del monumento que debe erigirse en esta capital a Cristóbal Colón, y aún han disputado algunos periódicos políticos respecto del sitio en que habría de levantarse. A la verdad el pensamiento no es nuevo ni carece de la sanción de las leyes. En el año de 1843 agitóse, en efecto, por algunos concejales de Madrid la idea de adquirir un vaciado en bronce de la estatua, levantada al gran descubridor por el municipio de Cárdenas en la isla de Cuba; pero este pensamiento, tan contrario a la grandexa de la capital de las Españas, como poco digno del ayuntamiento, que pareció prohibírle un instante, olvidando el antiguo proyecto de un monumento original, fué al cabo desechado. Ya en 1864 tuvimos nosotros la honra de presentar, en el Congreso de los Diputados, una proposición de ley, para que se declarase nacional el proyectado monumento; y recibida con unánime aplauso, herdáronse Congreso y Senado para aprobar de igual forma la proposición de ley mencionada. Por ella se resolvía y mandaba: 1.º Que el monumento a Cristóbal Colón fuese una estatua. 2.º Que se contara para llevar a cabo tan patriótico monumento, no ya sólo con los fondos recogidos por medio de una suscripción, hecha en España y sus posesiones ultramarinas, fondo que ofreció espontáneamente la comisión encargada de recaudarlos, sino también con los allegados por el ayuntamiento para custear el vaciado referido y su pedestal, siendo de cuanta del Estado el acudir por su parte con la suma suficiente para dar cima a la obra. 3.º Que se abriera, para la realización de ésta, un concurso universal. 4.º Y finalmente, que se erigiese el monumento en el centro de la gran plaza que se hacía ya ante la nueva Casa de la Moneda. Sancionada la ley, que había excitado el generoso entusiasmo de todos los partidos, uniéndolos en un sólo fin, nombróse luego una comisión para ejecutarla.

Hé aquí los antecedentes legales, relativos al monumento de Cristóbal Colón, que hoy parece idearse por vez primera. ¿Qué ha hecho la Comisión, creada por especial decreto, para realizar proyecto tan patriótico? ¿Qué ha sido de los fondos en uno y otro concepto allegados en tan alto fin? Esto nos preguntarán acaso los periódicos políticos a que hemos aludido; y en verdad que lo ignoramos, careciendo además de medios para averiguarlo. — Cuando vemos que se habla del monumento a Cristóbal Colón como de cosa nueva y jamás oída, nos sentimos, sin embargo, obligados a recordar los antecedentes de este asunto, en que nos ayudó por fortuna una

parte activa y no indiferente, y nos sentimos inclinados a unir de nuevo nuestra voz a la de cuantos noblemente la levanten, para demandar la realización del mencionado monumento con la ejecución de la ley que lo preceptúa. — Cristóbal Colón es una gloria de la humanidad entera. — Por eso le rinden al par el tributo de su admiración todas las naciones.

España tuvo la dicha de alentar y proteger las grandes aspiraciones de su genio, siendo la primera nación del mundo, sobre que se refleja vivamente aquella inmensa gloria. Por eso España está obligada, más que otro algún pueblo de la tierra, a exaltar el nombre de Colón con un monumento digno de ambos: por eso cada día que pasa sin pagar tan sagrada deuda, trae consigo una sensación de no justificado olvido, que habrá a la postre de trocarse en negro borrón de ingratitude, si no acertamos a sacudir la inercia en que vivimos.

X.

Como anunciamos en una de las revistas anteriores, se ha dado a luz el trigésimo-séptimo cuaderno de los *Monumentos Arquitectónicos de España*. Comprende cuatro magníficas láminas que representan: 1.º *Sagetero de los Santos Mártires, Vicente, Sabina y Cristeta*; 2.º *Portada de la Basílica de Sta. Vicente, Sabina y Cristeta (ambos de Avila)*; 3.º *Detalles de la silla y silla del presbítero-abate en la Capilla de San Ildefonso (Burgos)*; 4.º *Pielona de la mezquita en los reales aljibes de la Alhambra (Granada)*. Son debidos los diseños a los Sres. D. Francisco García Aznar, cuyo exquisito gusto y severidad en la interpretación de los monumentos van siendo cada día más estimables, y D. Gerónimo de la Gándara, profesor de la Escuela de arquitectura. — Han sido grabadas por los Sres. Navarrete (D. Federico), Mr. Chapuy, Iranzo (D. Lamberto) y Baquero (don Francisco), y parecen, por lo mismo que figura entre los grabadores un nombre extranjero, la más satisfactoria prueba del estado de perfección a que ha llegado entre nosotros, merced a la publicación de esta obra que es verdaderamente nacional, el grabado monumental y arquitectónico. Del texto que trata de la *Cátedra Santa de la Catedral de Oviedo* y de la *basílica de San Miguel de Liria* nada podemos decir, por estar ambas monografías a nuestro cuidado.

Julio 1870.

José AMADOR DE LOS RÍOS.

EN EL CUERPO DE UN AMIGO.

NOVELA DIABOLICA

708

JOSE FERNANDEZ BREMON.

(Continúa.)

Luciano, que esperaba una escena violenta y desagradable, al ver la manera natural con que D. Braulio acababa de evitársela, no pudo menos de manifestar su sorpresa, y dijo a su rival.

—Ha sido una idea oportuna y feliz; el único medio de evitar nuestro desafío.

—Crea Vd. que la solución no es de mi agrado, contestó D. Braulio bruscamente; hubiera preferido concluir de una vez... pero Carlota lo ha exigido...

—Luego ese desmayo es supuesto.

—No lo sé.

—Carlota es digna de lástima.

—Bien se conoce que no está Vd. en mi pellejo.

—Si lo estoy, D. Braulio, vea Vd. una frase vulgar que pierde su valor tratándose de nosotros.

—Es verdad: Vd. al parecer recibe la ofensa, y yo soy el avergonzado; cuando salgan del palco los que ahora satisfacen su impertinente curiosidad, me dirigirán miradas de maliciosa inteligencia, como celebrando mi ardor y felicitándome. ¡Oh! No es posible que esto continúe.

De pronto la viscondesa abrió la puerta y salió al parecer muy agitada.

—Señores! Señores! Esta mujer ha muerto.

El marido y el amante permanecieron inmóviles, aterrados, sin saber qué partido tomarían.

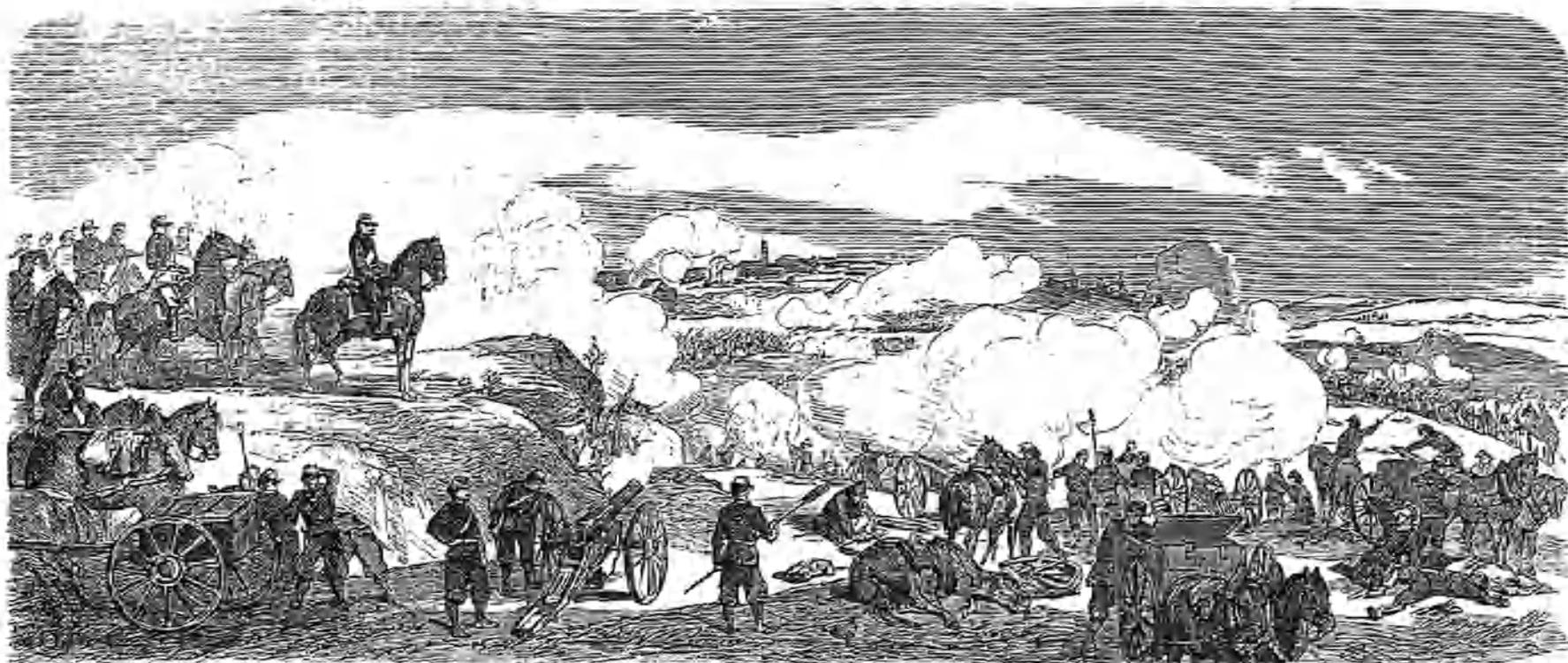
—¿Qué he de hacer? preguntó Luciano en voz muy baja.

—El diablo lo quiere: entremos.

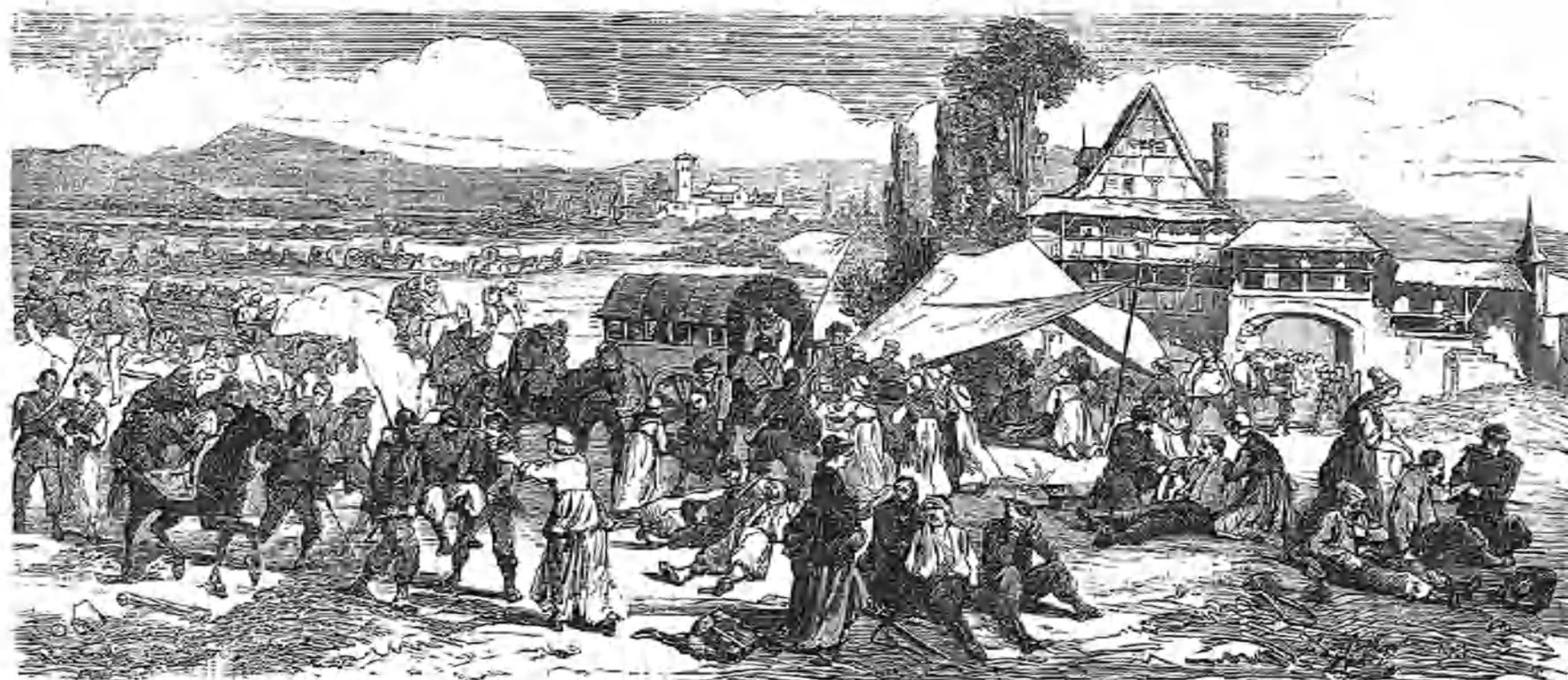
—Señores, insistió Amelia viéndolos indecisos, ¡por caridad! vengan Vds. a auxiliarnos.

Y se quedó en la puerta mirándolos fijamente para evitar toda esperanza de remedio.

Hubo un momento indescriptible. Luciano, con el ce



LA ARTILLERÍA FRANCESA PROTEGE EL PASO DEL MOSELA VERIFICADO POR SU VANGUARDIA EN LONGUEVILLE.



AMBULANCIAS PARA EL SOCORRO DE HERIDOS ESTARLECIDAS EN DONCOURT.



EL PUEBLO DE PARÍS TRABAJANDO EN LAS FORTIFICACIONES DE LA CIUDAD.

razon oprimido, se revistió de toda su dignidad para el triste papel que le estaba encomendado, y entró en el ante-palco.

—¡Carlota! exclamó, con voz de cólera y asombro, fijando su vista alternativamente en el falso Luciano y en su fingida esposa. Después, como reprimiendo la ira, dijo gravemente: la culpable ha sido castigada; y volviéndose á su amigo, exclamó en voz alta:

—Nosotros nos entenderemos más tarde: entretanto salga Vd., salga usted de este sitio, ó no respondo de guardar á la muerte los respetos de un cristiano.

Don Braulio bajó la cabeza y se alejó.

La escena estaba bien representada.

—Es preciso llamar á un médico, dijo por fin la vizcondesa.

Todos salieron en diversas direcciones, más que por un impulso caritativo, por librarse de aquel triste y abrumador espectáculo.

Allí, sólo quedaron Carlota tendida sobre el banco, Amelia de pie y en silencio y Luciano observando á la primera.

—Yo soy culpable de su muerte, decía para sí lleno de remordimientos: la emoción era demasiado violenta; pero... Clotilde se ha salvado. ¡Oh! A este precio su honor, me parece muy costoso.

Cuando llegó el médico, examinó el rostro de Carlota, tomó su pulso y aproximó una luz á sus ojos.

Hubo un momento de silencio, que sólo interrumpía el discordante murmullo de las gentes del baile.

Todos esperaban con impaciencia sus palabras; pero el facultativo movió la cabeza tristemente.

—¿Ha muerto? le preguntó Luciano.

—No, señor: vive todavía.

En aquel momento los músicos preludiaban una polka.

binete firmaba este extraño documento, según convenio hecho con sus padrinos de desafío.

—Ahora, dijo al terminar su tarea, sólo me falta que no llegue mi declaración á poder del juez de guardia. Si yo defendere á todo trance el cuerpo que poseo para que me pertenezca por derecho de conquista. Los resultados del duelo me han de ser siempre favorables. Si muero me evito la devolución de aquel cuerpo achacoso en que sólo me quedaban algunos años de existencia tris-

do propio: desligado de todo lo que pasó, solo evocaré los recuerdos para enmendar el presente con sus enañanzas: en vez de padre severo, seré el amigo íntimo de mi hija, á la que me impondré con la autoridad del cariño desinteresado y la superioridad de mi experiencia: guiaré sus pasos en la vida con la madurez de un anciano y la seducción que ejerce un joven. Viviré mucho y muy despacio, sabiendo lo que vale la fuerza física, lo que es respirar á plenos pulmones el aire puro y saborear á pequeños tragos el elixir de la vida. Cuando llegue la vejez, tardía pero al fin irremediable, entonces... entonces buscaré un joven, le propondré otro pacto, cambiaré de nombre y mi experiencia será inmensa. La tercera vida debe ser aún más positiva y dilatada, más espléndida. ¡Qué seguridad en el trato de los hombres, qué conocimiento práctico del mundo y de los fenómenos morales: mi voz juvenil hará enmudecer en los congresos á los políticos más ancianos, juzgándolo todo friamente con ejemplos tomados del natural, no de la adulterada historia: sabré lo que no ha podido abarcar ningún libro por su brevedad, ni comprender ninguna inteligencia por la rapidez de la vida: dominaré á mis semejantes, sirviéndome de su ignorancia para aumentar mis satisfacciones.

[Absurdo! La tercera vida!... ¿Tengo acaso asegurada la segunda? Creo que sí: Luciano en la imbecilidad de su juventud se batirá generosamente. Yo... apuntaré apesar de las palmadas; estos brazos no tiemblan y por convicción permaneceré sereno; sólo se turba el hombre impresionable é irreflexivo.

Siento, sin embargo, un gran mal estar al verme obligado á destruir el cuerpo que he habitado. Sin él, no soy yo el mismo, y dolorido y débil como está, me causa pena abandonarlo; en él comencé las locuras de la juventud, de mi juventud verdadera; con él soporté mis grandes adicciones, en las arrugas de su rostro están escritos todos mis pasajes, y podría contar la historia secreta de cada arruga.

Pero al dejarle me desprendo de tantas ignominias como en él se han acumulado; me lavo de toda mancha, me purifico; y sobre todo, retardo el instante de la muerte, ó muero de una vez y descanso.

Perezca mi cuerpo que ya de nada me sirve; si le mato morirá con honor defendiendo su dignidad; si me mata dirán las gentes aplaudiendo: «Don Braulio es un hombre altivo que venga sus agravios.»

Y mi honor, el antiguo, habrá quedado satisfecho. Mucho atrae el propio cuerpo; pero la juventud, el respirar la segunda vida, y la tierra son tentadores. ¡Oh!



MARRUECOS.—MORA EN TRAGE DE FIESTA.

CAPITULO XVII.

EL DESAFIO.

I.

«Suplico al señor juez de guardia se sirva unir al sumario que se instruya con motivo de mi muerte la siguiente declaración:

Spontáneamente y por mis propias manos, sin otro motivo que el cansancio de vivir, doy fin á mis dias en esta fecha.

Lo cual hago constar por la presente, para que nadie sea molestado cuando se encuentre mi cadáver.

Madrid, etc.—Luciano Herrera.»

Eran las cinco de la mañana, dos dias despues del baile de máscara, cuando D. Braulio, á solas en su ga-

te, y rechazo de mí el nombre ridiculo con que me envanece en otro tiempo. ¡Oh! No es al cuerpo mi antipatía, hubiera preferido la juventud con aquel mismo cerebro, aquellos músculos hoy sin fuerzas, aquel corazón á cuyos latidos estaba acostumbrado: me suena mejor al oído el nombre de Braulio que el de Luciano.

Si mato, seré joven, volveré á empezar la vida; ahora prometo vivir deliberadamente y á sabiendas: la primera vez se vive distraído, sin tiempo para nada, cometiendo torpezas, perdiendo con la mujer una parte riquísima de la existencia y derrochando el cuerpo como si la salud fuese inagotable, y llega la muerte cuando empezamos á conocer el valor de la vida. Desde hoy, será otra cosa: me embriagaré en la idea de que existo, aislando mis placeres, reconcentrando mis sensaciones, ahorrando salud para la vejez, evitando con prudencia hasta el contacto de la desgracia y creando para gozar un mun-

do propio: desligado de todo lo que pasó, solo evocaré los recuerdos para enmendar el presente con sus enañanzas: en vez de padre severo, seré el amigo íntimo de mi hija, á la que me impondré con la autoridad del cariño desinteresado y la superioridad de mi experiencia: guiaré sus pasos en la vida con la madurez de un anciano y la seducción que ejerce un joven. Viviré mucho y muy despacio, sabiendo lo que vale la fuerza física, lo que es respirar á plenos pulmones el aire puro y saborear á pequeños tragos el elixir de la vida. Cuando llegue la vejez, tardía pero al fin irremediable, entonces... entonces buscaré un joven, le propondré otro pacto, cambiaré de nombre y mi experiencia será inmensa. La tercera vida debe ser aún más positiva y dilatada, más espléndida. ¡Qué seguridad en el trato de los hombres, qué conocimiento práctico del mundo y de los fenómenos morales: mi voz juvenil hará enmudecer en los congresos á los políticos más ancianos, juzgándolo todo friamente con ejemplos tomados del natural, no de la adulterada historia: sabré lo que no ha podido abarcar ningún libro por su brevedad, ni comprender ninguna inteligencia por la rapidez de la vida: dominaré á mis semejantes, sirviéndome de su ignorancia para aumentar mis satisfacciones.

[Absurdo! La tercera vida!... ¿Tengo acaso asegurada la segunda? Creo que sí: Luciano en la imbecilidad de su juventud se batirá generosamente. Yo... apuntaré apesar de las palmadas; estos brazos no tiemblan y por convicción permaneceré sereno; sólo se turba el hombre impresionable é irreflexivo.

Siento, sin embargo, un gran mal estar al verme obligado á destruir el cuerpo que he habitado. Sin él, no soy yo el mismo, y dolorido y débil como está, me causa pena abandonarlo; en él comencé las locuras de la juventud, de mi juventud verdadera; con él soporté mis grandes adicciones, en las arrugas de su rostro están escritos todos mis pasajes, y podría contar la historia secreta de cada arruga.

Pero al dejarle me desprendo de tantas ignominias como en él se han acumulado; me lavo de toda mancha, me purifico; y sobre todo, retardo el instante de la muerte, ó muero de una vez y descanso.

La tierra es un planeta que ejerce sobre mí una atracción irresistible.

Tengo gran confianza en este pulso, en mi vista y en el firme propósito que llevo.

II.

Los padrinos habían cumplido con rigor todas las formalidades que preceden á un duelo: el terreno estaba medido, las armas reconocidas como buenas y se había intentado por fórmula una tardía avenencia. Algunos ojos indiscretos espían el lugar del combate para que nada faltase á los usos establecidos. Sólo se esperaba ya que los adversarios ocupasen sus puestos.

—Antes de tomar las armas, dijo Luciano en alta voz: ruego á Vds. que me permitan tener á solas una conferencia con mi contrario; en presencia de la muerte no se pueden dilatar ciertas explicaciones.

Todos los que presenciaban el acto, convinieron en la justicia de aquel propósito, y los dos rivales se retiraron á corto trecho de los padrinos.

—Este duelo me horroriza, dijo Luciano, tiene todo el aspecto de un suicidio.

—Yo no lo he buscado y me resigno.

—¿No hay un medio de evitar la sangre?

—Ninguno.

—Declaro formalmente que no me defiendo: si Vd. tiene el valor de atravesar su propio cuerpo, hágalo por su cuenta. Dispararé por compromiso; pero procurando no hacer daño.

—No comprendo esos escrúpulos. ¿Intentaré hacer buena puntería.

—Y ¿si caigo?

—Me resignaré á contemplar mi cadáver estando sano y bueno.

—¿Y qué será de mi alma?

—Lo ignora: flotará tal vez por los espacios, habitará en un planeta, bajará al purgatorio... en fin, es una duda de la que no quiero salir, y por eso me defiendo.

—Don Braulio, Vd. no se ha encomendado á Dios, cuando tal vez muera Vd. dentro de algunos instantes...

—¿No estamos en poder del diablo? Pues, bien, lo he llamado inútilmente. Mis deseos eran mundanales, y sólo aquel me hubiera sacado del apuro.

Luciano, preocupado, no escuchaba. D. Braulio palideció de repente y miró con fijeza á uno de los padrinos.

—Allí está, dijo á Luciano, señalándole uno de los testigos.

—¿El marqués de Zárate?

—No, no es el marqués...

—¿Usted al marqués señala...

—Luciano, yo veo al diablo en el traje de nuestro amigo: le veo sonreírse.

—Pues todos los testigos están graves. D. Braulio, renunciemos al duelo: algo terrible se prepara; yo no veo al espíritu; pero siento en mi corazón un aire frío...

—Resignémonos, Luciano, y concluyamos.

—Conste que he procurado evitar una desgracia, que perdona á Vd. todas sus ofensas y le pido perdón por las mías. ¿Tiene Vd. algún encargo que hacerme?

—Ninguno.

—¿Me guarda Vd. rencor?

—Siempre.

—Queda tranquila mi conciencia.

Y se separaron fríamente.

III.

Luciano había quedado triste; D. Braulio, pasada la primer impresión, estaba animoso y sereno.

El primero sentía dentro de sí dudas, escrúpulos, temores y un gran desaliento.

El segundo se entregaba á las esperanzas más risueñas.

Aquel se decía tristemente: «Tengo el presentimiento de morir...»

Este murmuraba con júbilo: «El diablo me apadrina: ha borrado las facciones del marqués de Zárate para infundirme valor con las suyas; sólo para mí es visible: está á mi lado y me sonríe: él cuidará de apartar de mí frente las balas y corregir mi puntería...»

Los padrinos sortearon las pistolas.

Don Braulio observó que la suya era excesivamente pesada, lo cual se explicó pensando de este modo:

—Tiene lo menos cuatro balas.

Inseguida se ceñaron snertes para saber quién tiraría primero.

—Será el favorecido, murmuró D. Braulio con la mayor confianza.

—Y en efecto, la suerte lo fué propicia.

Colocados en actitud ámbos contrarios, los padrinos

adoptaron su aire más solemne, como si presintiesen un desenlace triste... La soledad del campo, la gravedad del acto, el temor á la muerte en unos, la responsabilidad en que todos incurrian, y una influencia exterior vaga y misteriosa, hacían circular de corazón en corazón angustias y sobresaltos, como si todos mídos de la mano sufriesen una misma descarga eléctrica.

Un tribunal inapelable iba á fallar en aquel pleito. Dos bocas de fuego iban á pronunciar la sentencia. ¿Quién tenía razón? Aquel cuyo cuerpo no se hallase colgado exactamente en la línea recorrida por las balas.

Se trataba de cometer un homicidio con formas elegantes. Las formas tienen una influencia extraordinaria sobre el fondo de las cosas: robar desde un magnífico almacén de modas, es comerciar; asesinar á un hombre en medio de cuatro padrinos, es batirse.

El desafío se verificaba en toda regla.

Cuatro testigos, dos adversarios, un médico y varios carruajes. Solo los caballos de éstos ignoraban el lance: el hombre tiene la suerte de que los animales ignoran muchas cosas.

Ninguno de los que presenciaban el duelo hacía semejantes reflexiones: cada cual se preocupaba por sí al ocuparse de los demás.

Don Braulio, con la pistola en guardia, esperaba las palmadas, no sin impaciencia, porque el peso del arma parecía aumentar á cada instante.

Por fin dieron la señal, y D. Braulio quiso hacer contra las reglas una ligera puntería antes de apretar el gatillo; pero la pistola bajaba mucho con el peso, y cuando disparó, la bala fué á enterrarse en la arena, á los pies de Luciano.

Herrera permaneció inmóvil y D. Braulio, desconcertado, miró al diablo con sorpresa; pero sólo encontró el rostro intranquilo del marqués de Zárate.

Tocó el turno á Luciano, que al disparar cerró los ojos. La bala fué á perderse en los aires.

Volvieron á cargarse las armas, y D. Braulio quedó pálido, cadavérico, al tomar otra vez su pistola: parecía ligera como una pluma.

Era indudable que sufría una alucinación horrible. Su imaginación se había extraviado. Creía ver al diablo cruzado de brazos cubriendo el cuerpo de su enemigo y al mismo tiempo ocupar otra vez el cuerpo del marqués, desde el cual le sonreía y animaba.

«Otro tiro perdido, y muchos otros.»

Ambos adversarios, con el tórax arizado, la vista vaga y el pulso trémulo, se hallaban estenuados.

En fin, se oyó un grito, y D. Braulio cayó al suelo.

Todos se lanzaron á socorrerle, menos el facultativo, que dijo gravemente:

—Señores, es inútil socorrerle: ese hombre sólo necesita un sacerdote, y éste no llegará á tiempo.

Luciano se desmayó.

IV.

—Socorred á Luciano! dijo el marqués á sus amigos, yo me encargo de auxiliar al moribundo.

Don Braulio tendido en el suelo, y el marqués de rodillas á su izquierda, quedaron solos.

El marqués murmuraba monótonas palabras.

¿Era un cristiano que recomendaba el alma del moribundo?

¿Era el diablo parodiando con ironía infernal un rezo de agonía?

Al aspirar D. Braulio, sus ojos parecían fuera de sus órbitas.

V.

El coche en que regresaban Luciano con el médico entraba por las calles de Madrid media hora después.

Luciano parecía ya sereno; pero su rostro había envejecido mucho: hablaba con calma tal vez aparente.

La ciencia no tiene remedio, le decía el facultativo, para ciertas heridas: aunque fuera posible cicatrizar la entraña, el hombre no podría acudir á tiempo de evitar la muerte: aquel cuerpo, en aquel estado, es necesariamente un cadáver.

—Pero infundiéndole un alma nueva... replicaba Luciano.

—Siempre tendríamos un cadáver.

—Reparando el destrozo de la bala.

—Un cadáver.

—¿Cree Vd. en los milagros?

—No señor; respondió el materialista con franqueza.

REVISTA CIENTÍFICA.

Ninguno de los astros que vemos esparcidos por la inmensidad de los espacios, concertando misteriosas armonías en sus eternos círculos celestes, llama más vivamente nuestra atención, ni impresiona con más interés nuestros sentidos, que ese hermoso fanal que disipa la oscuridad de nuestro globo durante la noche; ese astro de la soledad y del misterio, objeto en todo tiempo de las profundas meditaciones del filósofo y de la ardiente inspiración del poeta.

Compañera inseparable de la tierra, nos sigue eternamente en nuestra carrera triunfal por los espacios, participa de nuestra suerte, y tendrá el mismo destino que nos pueda caber en la Creación.

El hombre, en los primeros albores de la civilización, impresionado vivamente por el aspecto de la luna, por su luz melancólica y por los fenómenos que ofrece, consideró á este astro como á un sér extraordinario, y le tributó, como al sol, adoración y culto.

Los indios, los persas, los sirios y los egipcios, fueron los que más se distinguió en esta clase de idolatría, según lo acreditan los restos y ruinas de sus célebres templos dedicados á aquellos dos luminarias.

Colocada la luna, por la sencillez de las primeras generaciones, en la categoría de los dioses, fué por largo tiempo considerada como un número benéfico; pero en la Edad Media, por el contrario, el charlatanismo de los astrólogos, fomentado por la ignorancia de los hombres, atribuyó á nuestro satélite la mayor parte de los males de la tierra.

El progreso de las ciencias naturales ha hecho comprender lo ridículo de estas creencias, y hoy está demostrado que la luna es un cuerpo inofensivo, que no ejerce sobre la tierra otra acción que la proveniente de las leyes de la gravitación universal, á las que están sometidos todos los cuerpos celestes.

En virtud de estas leyes inmutables, tanto el sol como la luna presentan un fenómeno, que por lo que tiene de superior é imponente, ha preocupado siempre á la humanidad; nos referimos á los eclipses.

Como el origen de la astronomía se pierde con el origen del hombre en las primeras edades del mundo, no se sabe con exactitud qué pueblo de la antigüedad hizo las primeras observaciones de los eclipses.

Algunos autores creen que los caldeos fueron los primeros que en tiempo de Zoroastro (700 años antes de Jesucristo) estudiaron los eclipses; pero según otros historiadores, al pueblo egipcio le corresponde esta gloria con prioridad á los caldeos.

Nosotros participamos también de esta opinión, porque el Egipto ha sido sin disputa la nación que con más aprovechamiento se dedicó en aquellos tiempos al estudio de la Naturaleza, y á la observación atenta de sus misteriosas operaciones.

En corroboración de este aserto basta decir, que según el testimonio de Diodoro de Sicilia, Platon, Vitruvio, Macrobio y otros filósofos antiguos, los sacerdotes egipcios tenían desde muchos siglos antes de la Era cristiana tablas astronómicas, conocían las revoluciones de los planetas Mercurio y Venus alrededor del sol, la esfericidad de la tierra, la duración del año de 365 días y la causa de los eclipses, de los cuales observaron 373 de sol y 232 de luna.

La fama de estos conocimientos y el deseo de instruirse en los secretos de la Naturaleza atrajo á los más célebres filósofos de la Grecia.

Tales de Mileto fué el primero que con este objeto pasó á Menfis 600 años antes de Jesucristo, y de vuelta á su país anunció en 585 un eclipse de sol que se verificó, no sólo con la exactitud matemática del cálculo, sino precisamente en el momento, según Heródoto, en que Cíjares y Aliato iban á librar una gran batalla, que no pudo llevarse á cabo porque aterrados los ejércitos, considerando el fenómeno como un aviso del cielo, hicieron la paz inmediatamente.

Pericles y los monarcas Agatocles y Dion, á causa de un fenómeno de este género, estuvieron á punto de perecer por la ignorancia de sus soldados, y el gran Alejandro, cerca de Arbaces en Asiria, tuvo que apelar á toda su habilidad y fuerza de carácter para calmar á sus soldados, á quienes un eclipse llenó de espanto.

Apesar de ser conocida desde Tales de Mileto la causa de los eclipses, no todos los filósofos se explicaban del mismo modo aquel fenómeno, pues Epicuro creía que el sol era simplemente un fuego que se apagaba en ocasiones, y Anaxágoras le consideraba como una rueda tan grande como el Peloponeso, cuyos agujeros lucientes se abstruían.

Así continuaron los filósofos enseñando máximas ab-

surdas respecto del sol y de la luna y por lo tanto de los eclipses, hasta que en el siglo XVI y siguientes, merced al verdadero sistema del mundo de Copérnico, á la legislación planetaria de Kepler y á la teoría de la gravitación universal de Newton, se perfeccionó la teoría de nuestro satélite y se pudo apreciar anticipadamente no sólo el momento en que ha de verificarse el eclipse, sino los lugares de la tierra en que le han de observar, y los *digitos* ó partes del astro que han de quedar eclipsadas.

Hoy todo el mundo ilustrado sabe que los eclipses sólo pueden verificarse en las *oposiciones* ó *conjunciones*, es decir, en las *luas llenas* ó *nuenas*, bien sean parciales ó totales, y que si no los hay todos los meses, es porque las órbitas de la tierra y de la luna no están en un mismo plano.

La causa de esta fenómeno es por demás sencilla.

Los eclipses de sol son producidos por la interposición de la luna entre la tierra y aquel astro, ó lo que es lo mismo, por la inmersión de la tierra en la estrecha sombra que arroja la luna en estos casos á una distancia apenas superior á la que la separa de nuestro planeta. Los de luna, por el contrario, son producidos por la interposición de la tierra entre su satélite y el sol, ó sea por la inmersión parcial ó total de la luna en el inmenso cono de sombra proyectado por la tierra en el espacio; cono de longitud más de doscientas veces mayor que el radio ecuatorial terrestre.

Hacemos estas reflexiones acerca de la luna, con motivo del eclipse total de este astro verificado en la noche del día 12 del mes anterior.

Las principales circunstancias de este eclipse, observadas desde Madrid, han sido las siguientes:

El primer contacto con la penumbra empezó á las siete y treinta y un minutos de la noche, y el principio del eclipse á las ocho y treinta minutos. El principio de la totalidad á las nueve y treinta minutos, el medio á las diez y diez y nueve minutos, y el fin del eclipse total á las once y nueve minutos. El fin del fenómeno fué á las doce y nueve minutos, y el último contacto con la penumbra á la una y ocho minutos de la madrugada.

Este eclipse ha sido visible en casi toda Europa y Asia, en toda el África, en parte de la América Meridional, en casi toda la Australia, en la tierra de Van-Diemen, en el Océano Indico, en gran parte del Atlántico, en el mar Mediterráneo, en parte del Pacífico y en el mar por el Anártico.

No se ha diferenciado en nada de los dos últimos eclipses totales de luna acaecidos en 1.º de junio de 1862 y en 31 de marzo de 1836, á no ser por la coloración roja que ha sido más tenue que en otras ocasiones, por cuya razón se ha podido percibir mejor la forma y las anómalas desigualdades de la superficie de nuestro satélite.

Eclipses parciales de luna habrá bastantes, porque son los más comunes; pero totales no se repetirán hasta el 27 de febrero y el 23 de agosto de 1877, que serán visibles en toda España.

Esto es lo que podemos decir acerca del eclipse: veámos ahora el estudio crítico de obras didácticas.

¿Ha sido para las carreras facultativas un *Manual* que abraza el cuerpo de enseñanzas doctrinales propias de la facultad? ¿Qué destino cumplen el *Manual* del Sr. Valdivielso para la medicina, el del Sr. Lamas y Varela para el derecho y el del Sr. Olmedilla para la farmacia?

Cuando se quiere responder de un modo afirmativo á lo primero, y cuando quiere darse importancia de carácter didáctico á lo segundo, es un poco difícil, porque tales obras sólo facilitan el cumplimiento de expedientes en examen, y dan la ciencia artificiosa y superficial necesaria para el aprovechamiento de cursos.

El objeto de la ley al hacer programática la instrucción es muy distinto, y el profesorado, celoso de sus deberes, no acepta un estudio que tan pocas raíces deja en el entendimiento.

El Sr. Olmedilla, cuya obra responde á esa necesidad aparente de concienzudo doctrinal, tan distante de una síntesis ó sistema compendiado como de una síntesis ó clave científica, no va más allá que el Sr. Valdivielso, ni deja el trillado camino de Lamas y Varela.

Y es de extrañar y sentir, porque el Sr. Olmedilla, joven aprovechadísimo y de inteligencia, que ha hecho concebir lisonjeras esperanzas en sus profesores, pudo con el estudio de excelentes obras que conoce hallar solución á este problema, objeto de su libro: dado un cuerpo de enseñanza vária y múltiple como la farmacia, buscar el núcleo y trabazón de unos y otros conocimientos en forma deductiva, para que de un foco expositivo se venga al conocimiento de toda la doctrina.

Sus esfuerzos pudieron ir hasta la solución del problema; pero se ha contentado con dar á su obra el carácter

de elemental, y ha creído con esto hacer un servicio á los escolares, en vez de hacérselo á la ciencia.

Si otras pretensiones tuviese el *Manual* del Sr. Olmedilla, sufriera nuestra severa crítica.

Igualmente se han publicado unos *Apuntes de Farmacia química-orgánica* tomados de las lecciones dadas por D. Santiago Olózaga, doctor de la facultad de farmacia en Madrid.

Su autor, el Sr. Marin y Sancho, se apropia la forma y el carácter de las obras elementales, y con una modestia que le enaltece llama á su libro: *Apuntes*.

La obra tiene un método privilegiado y una claridad brillante, y en ella trata el autor con acierto todas las materias concurrentes á la farmacia química-orgánica, ciencia que tiene por objeto el conocimiento, preparación y conservación de los medicamentos orgánicos.

Hasta qué punto sea conveniente que los discípulos propaguen así la ciencia de sus maestros, dígalo la historia, que para los grandes maestros como Sócrates, que nada escriben, aunque mucho enseñan, hay Platóns que lo escriben todo, y con una propiedad que hace lisonjear al profesor y gloriarse en sus desvelos.

Después de hacernos cargo de la obra del Sr. Marin y Sancho, bien es dar aquí otra prueba de atención al señor González Hidalgo, que prosigue publicando sin interrupción obras pertenecientes á la especialidad de historia natural á que se ha dedicado.

En España ha habido más afición á la botánica que á otras ciencias naturales, y en zoología existen pocas publicaciones.

Además del *Catálogo de Malus pices testudés marinas de España*, publicado en París en 1857 por el Sr. Hidalgo, y de su *Catálogo de conchillos de rocas del Pacífico*, de que dimos cuenta en nuestra *Revista* anterior, tenemos hoy que mencionar ligeramente, por no hacer más extenso este artículo, la nueva obra de nuestro compatriota que ya está en prensa por orden del gobierno español, sobre los *Malus marinos de España, Portugal y las Baleares*, y que es la mejor de sus producciones.

Esta obra es bastante original, aunque no tiene la importancia científica que creímos en un principio.

Contiene descripciones detalladas, numerosos datos y láminas magníficas ejecutadas por los mejores artistas de París, que representan los ejemplares que posee el señor Hidalgo en su colección.

Otro libro importante acaba de ver la luz pública en Madrid, bajo el modesto título de *Manejo de la hidrología médica española*. Su autor, el distinguido facultativo, D. Marcial Taboada de la Riva, ha presentado con esta obra un tratado completo de aguas y baños minero-medicinales, que contiene todos los datos de actualidad sobre los establecimientos balnearios de España, las estadísticas oficiales y censos de aguas minerales para el mejor conocimiento de los médicos y buena dirección de las medicaciones hidrológicas ó hidroterápicas.

La obra, pues, como guía y consultor de los bañistas y enfermos, es de una utilidad extraordinaria, por cuya razón damos nuestra sincera enhorabuena al Sr. Taboada por este servicio que ha hecho á la ciencia española y especialmente al público en general.

Dejemos estas noticias científicas y entremos en los talleres, que nada perdona la actividad humana.

Han obtenido privilegio de invención Mr. David Barker, vecino de Northfleet, para fabricación de combustibles artificiales; Boutei, de París, para construcción de puentes metálicos; Chamroy, vecino también de París, por un procedimiento que perfecciona la fabricación de tubos de palastro embetunados; Cerisier por un sistema de ventilación en las piedras de molino; D. Antonio Lopez, de Barcelona, de otro procedimiento para mejorar la fundición de letras de imprenta, obteniendo por el auxilio de una válvula la salida del metal y evitando que queden partículas en la parte que se comunica con la máquina de moldear las letras.

Muterse ha obtenido igualmente un privilegio de invención de un sistema de cartuchos extinguidores de incendios compuesto de materias liquidificables. El señor Nuñez de Castro, vecino de Madrid, ha inventado también un fusil cargado por la recámara de tres ó cuatro tiempos á voluntad: el mismo ha obtenido otro privilegio de un sistema de cañón para armas de fuego portátiles con rayas trapezoidales.

Don Miguel Carrasco, vecino de Cohegin, provincia de Murcia, lo ha obtenido por una romana de doble sistema, con la que se halla instantáneamente la equivalencia entre el antiguo sistema de pesos de Castilla y el verdadero decimal.

Nuestros lectores comprenderán que estos inventos no dan otro carácter al progreso de las ciencias y de las ar-

tes; el hombre dirige sus cálculos á la industria mejor que á la ciencia; al comercio mejor que á la industria.

De ahí la petición de privilegios para explotar el resultado; de ahí también su concesión como premio y objeto de estímulo.

Todos son útiles, todos importan en la regularización de la marcha científica; no forman tanto la infinidad de imperceptibles átomos la nube, como la infinidad de estos imperceptibles adelantos el progreso de las ciencias.

José GENARO MONTA.

MARRUECOS.

ARTÍCULO III.

Corridas de caballos en Iberia.—La hospitalidad entre los moros; sus casamientos.—Los moros de rey.—Nuestro regalo.

I.

Nada tan original y divertido al propio tiempo, como el singular espectáculo que ofrecen los moros en una de sus fiestas más renombradas.

La fiesta á que nos referimos se llama *correr la plabra*, y consiste en lo siguiente:

Reúndese un respetable número de moros en un extenso campo ó arrenal, montando los estebros caballos árabes, animales bellísimos, de larga crin y piernas enjutas.

Cada caballero va armado de una espingarda. Después de formar una extensa línea, espican á sus cabalgaduras y parten á escape, todos al mismo tiempo, lanzando gritos salvajes.

Al llegar á un punto dado, disparan las espingardas sin dejar de correr, y e continúan de ese modo hasta el lugar en que se marca el fin de la carrera.

Los airosos trajes de los moros, sus fisonomías enérgicas y expresivas, animadas con el olor de la pólvora y la velocidad de la carrera, y tanta variedad de colores como se ve en sus estribos y alquiciles, componen un cuadro sumamente hermoso; un cuadro llano de admiración y poesía.

Muchos moros, para demostrar que son excelentes jinetes, arrojan sus armas ya descargadas, recogiéndolas luego á la carrera, sin descomponerse lo más mínimo, sin perder nada del aplomo con que dominan sus fogosos corceles.

Estas carreras tienen por espectadores infinidad de mujeres, que acurrucadas en el suelo y cubiertas de pies á cabeza con sus jéniques blancos como la nieve, promuevan de cuando en cuando en una discordante algarabía.

Los gitanos al oírlos hacen volar sus cabalgaduras, animándose con gritos agudos y desgarrando sus hijares con los puñetetes acicates.

Ellos saben que sus amadas, sus madres y sus esposas están mirándolos, y que con sus alaridos quieren animarlos más y más para que demuestren su pujanza y gallardía.

Algunas veces, aunque pocas, suelen conceder desgracias de consideración, como son el tropiezar unos caballos con otros, haciendo rodar á uno ó más ginetes, que estropean lastimosamente los caballos que vienen detrás.

El viajero que presenciara una de estas corridas no puede por ménos que recordar á los caballerosos moros de Granada, poco antes que esta hermosa ciudad volviera á nuestro poder.

II.

Son los moros, aun cuando vagativos y errantes, tan fieles cumplidores de sus palabras y empeñados tan perfectamente las leyes de la hospitalidad, que su mayor enemigo puede dormir tranquilamente bajo sus techos, sin temer alguno á pérdidas asonanzadas ni desagradables reñores.

Descendientes é imitadores de los árabes del gran desierto, tienen como éstos algunas cualidades nobles y generosas.

Un pan moreno y una taza de leche de caprinas son las prendas de paz; son, digámoslo así, los vínculos más poderosos que unen á dos personas en *Barbaria*.

Aquel á quien envía un moro esta leche y este pan, ya puede considerarse como su hermano y disponer como mejor le agrade de la persona y bienes del que le hace semejante obsequio.

Habría poco más de tres años que un usado español, hijo de Málaga, estimulado por el cebo de una ganancia cierta, se atrevió á ir á la ciudad de Féz con una gran

partida de esmeraldas, piedras á que son los moros sumamente aficionados.

Nuestro atrevido viajero iba perfectamente disfrazado de moro, pues sabia que en Fés les está prohibida la entrada á los cristianos.

Un rico comerciante judío que vivía en esta ciudad y con el cual hizo conocimiento, le condujo á casa de un venerable santón de lengua y blanquecina barba.

El santón, ménos fanático que la generalidad de los moros, admitió al cristiano cordialmente.

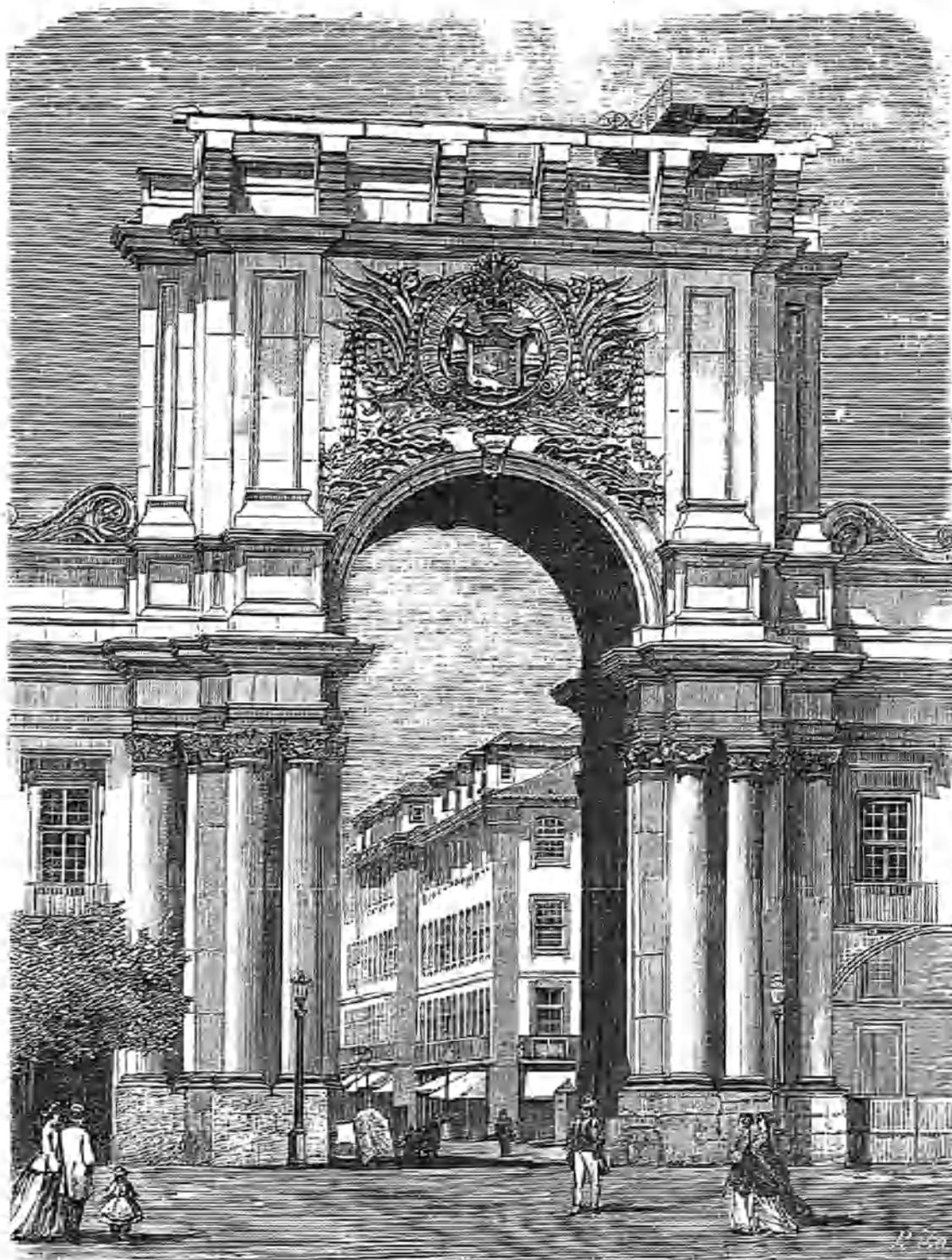
El negocio de las esmeraldas comenzó á marchar rápidamente.

El judío era el encargado de venderlas entre los moros ricos de la población.

Cuando ya le quedaban pocas de estas hermosas piedras, un renegado francés descubrió á los moros que en casa de Sid Ahsalán, que así se llamaba el santón, estaba oculto un cristiano.

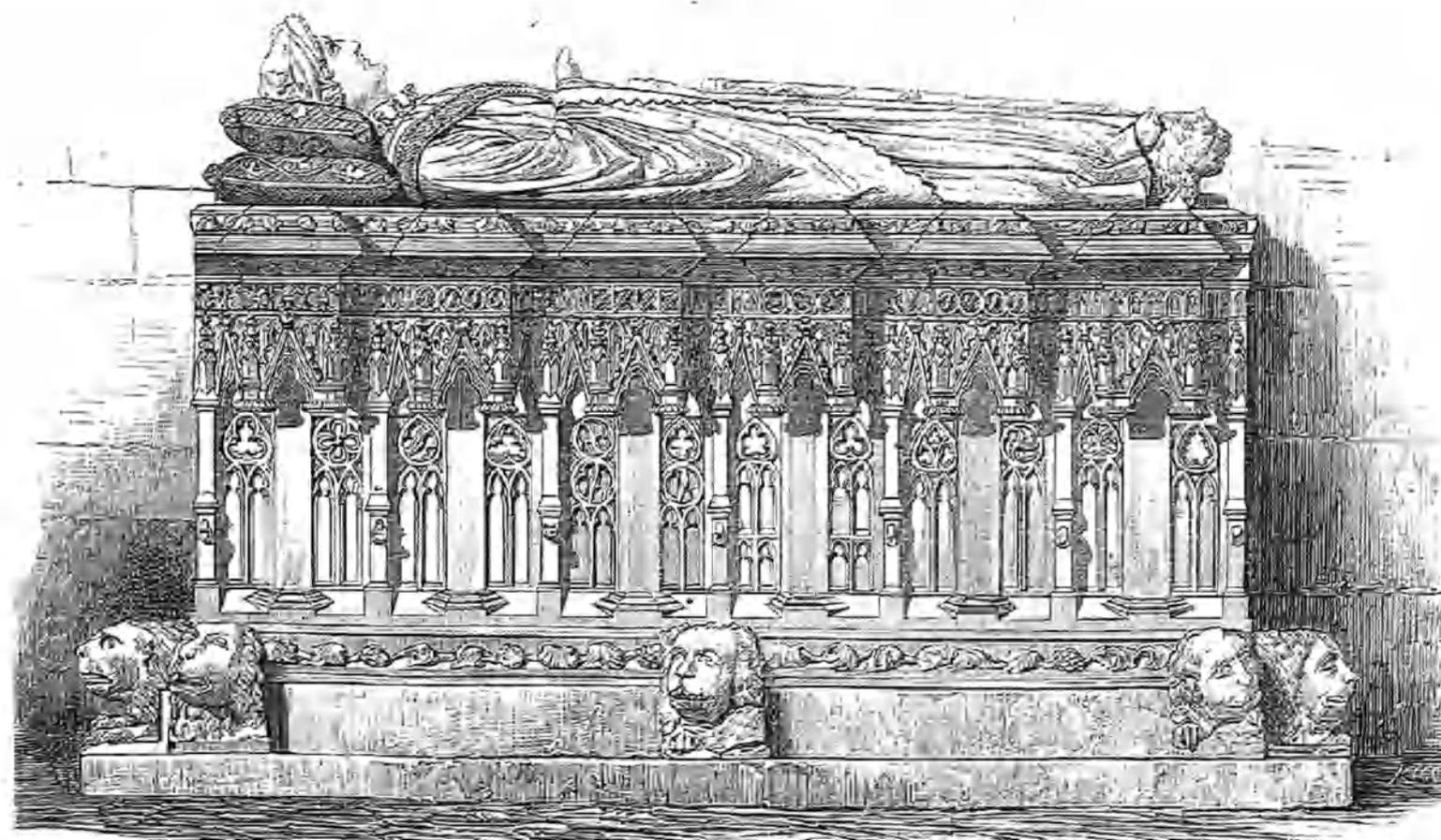
Se amotinaron las fanáticas turbas, y en son de acometida rodearon la casa del anciano moro.

Salió éste á la puerta de la calle repasando tranquilamente las cuentas de su rosario, y á su vista los amotinados inclinaron humildemente la cabeza.



LISBOA EN 1870. — ARCO MONUMENTAL DE LA PLATA DEL COMERCIO.

(Pertenece á la serie de artículos que vamos publicando con este título.)



REVISTA MONUMENTAL. — SEPULCRO TRASLADADO DEL MONASTERIO DE FÉZ DEL VAL Á BURGOS.

—¿Qué me queréis? les preguntó el santón.

—A tí nada, venerable Ahsalán, contestaron los más resueltos; lo que queremos es que nos entregues á ese perro cristiano que vá á traer la desgracia sobre tu santa casa.

—Si, sí, muera el cristiano! Ahulló la turba feroz, llena de encono.

Dió lugar el anciano á que cesase un poco la inmensa gritería, y luego con reposado acento dijo:

—Ese cristiano que me reclamais está en mi casa, y por lo tanto ningún derecho tenéis sobre él.

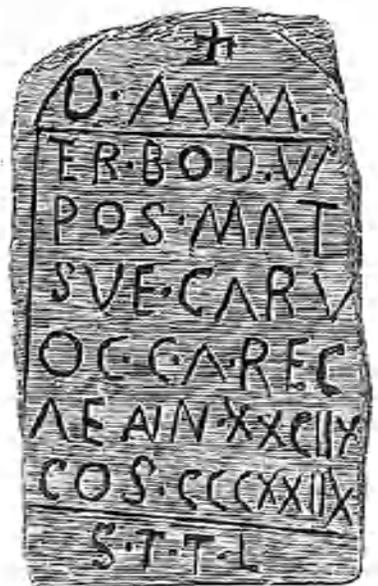
Estas palabras no parecieron agrandar mucho á los fanáticos, ni ménos convencerlos de su sinrazón; pero el noble anciano continuó:

—Esa infel que queréis llevar de aquí con violencia, se está instruyendo en la santa religion del Profeta y próximo á convertirse á nuestra ley.

¡Vemos ahora si hay alguno entre vosotros que se atreva á hacerle el menor mal!

Grande fué el asombro que estas palabras causaron en la muchedumbre.

Los gritos de furor cesaron como por encanto; no se oyó la menor amenaza desde entonces, y aquellos hombres, dispuestos un



GRABADOS PERTENECIENTES Á LA REVISTA MONUMENTAL Y ARQUEOLÓGICA.

momento á hacer pedazos al pobre español, se retiraron silenciosos y humildes.

La generosa mentira del aanton salvó la existencia de nuestro compatriota, al cual no le fué posible hacer que su salvador aceptase un cuantioso regalo que le ofrecía.

No contento con esto, el hospitalario moro lo acompañó á su partida de Féz hasta una gran distancia de esta ciudad peligrosa.

III.

Aun cuando está muy generalizada entre nosotros la creencia de que los moros se casan sin conocer á sus mujeres, diremos, en obsequio de la verdad, que esto no es así.

Cuando un moro desea enlazarse, ya sabe cuáles son aquellos de sus amigos que tienen hijas ó hermanas casaderas.

Entonces elige la que le parece renir más dote y más buenas cualidades, y nunca falta una esclava, que además de dar cuantas noticias se le piden, facilita al pretendiente una ocasion en que pueda ver el rostro de la que ha elegido para esposa.

Ya es una estrecha celosía, ya una extraviada callejuela, el lugar en que la mora, á quien la esclava instruye de las pretensiones de su futuro, descubre su semblante, animado entonces por un adorable rubor.

Si agrada la jóven, el pretendiente se la pide á sus pa-

dras ó á los que hacen las veces de tales, enviándoles un regalo proporcionado á su posicion y riquezas.

Arreglados estos preliminares, extiende un *clidi* la escritura de esponsales, en la cual consta la dote que debe llevar la novia y la cantidad que ha de aprontar su futuro esposo, en el caso de que se la devuelva á sus padres.

Pasaremos por alto las prolijas ceremonias que preceden á estos casamientos.

Cuando se han terminado ya, el recién casado aguarda á su esposa en la cámara nupcial.

La jóven es conducida en un gran cajon que atan á los lomos de una mula, y acompañada de una comitiva numerosa que se queda á la puerta de la casa del recién casado.

Sale éste á recibirla á la entrada de la cámara, y sus padres y principales parientes se quedan á la parte de afuera; la puerta se cierra sigilosamente.

Pasado un rato esta puerta vuelve á abrirse, y ó bien el recién casado dispara un pistoletazo, ó devuelve á su mujer con aire sombrío.

Si acontece lo primero, las espingardas y añafles de la comitiva que aguarda en la calle, dan la señal de regocijo con repetidos disparos y animadas sonatas; pero si no, la mora torna á casa de sus padres silenciosamente, sin músicas, sin descargas.

La infeliz queda deshonrada desde entonces.

En el número próximo referiremos un trágico aconte-

cimiento que tuvo lugar en la ciudad de Larache no ha ce muchos años, en el momento en que una mora era devuelta ignominiosamente á sus padres.

Las infelices mujeres de Berbería, como ya hemos dicho en otra ocasion, son más bien las esclavas que las compañeras de sus maridos.

Cuando llegan á ser madres tienen alguna autoridad sobre sus hijos, pues entra por mucho en el egoismo de los moros el abandonarles la educación de sus pequeñuelos, hasta tanto que éstos llegan á la edad de la razon.

Las hembras continúan bajo el dominio de sus madres; pero los varones así que cumplen diez ó doce años empiezan á acompañar á sus padres y á hacer la misma vida que éstos hacen.

El turbante, este hermoso distintivo de los moros, no forma parte del traje de los adolescentes, que hasta tomar estado ó haber hecho la peregrinacion á la Meca, usan solamente el gorro encarnado de los argelinos.

Tampoco gastan turbante los militares, y si un gorro alto y puntiagudo, bastante parecido á los cascos que usaban los escoceses en la Edad Media.

Estos gorros, que los hebreos llaman á media voz *peñicentos colorados*, infunden tal respeto, que aun sin estar en las cabezas de sus dueños, se les mira como objetos dignos de veneracion.

De esto es la causa el despotismo militar que impera en Berbería.

Un moro de rey ejerce tal influencia, que en cual-

quier lado en donde se encuentre está seguro de ser objeto de grandes demostraciones, si no de cariño de respeto al menos.

Los moros de rey son los recandadores de contribuciones, digámoslo así, los encargados de percibir los tributos en todas las kabilas del imperio.

Si en estas kabilas encuentran alguna resistencia, vendan todos los efectos pertenecientes á los moros en el pago; cortan algunas cabezas á la menor sombra de rebelion; guardan éstas en un saco para probar su celo por el servicio del sultán su amo, y marchan tranquilamente á otra parte á ejercer el desempeño de su tiránica comision.

Há aquí un soldado de Berberia, ó sea un moro de rey.

Portadores de las órdenes secretas del sultán, los mismos bajases, jefes militares y civiles á la vez en los distritos de su mando, tiemblan cuando un soldado, después de sacar del pecho el firman ó carta del rey y de colocar ésta sobre su cabeza y su corazón, se la entregan respetuosamente. Las tales cartas suelen ser muchas veces una sentencia de muerte.

Los *arrábs* ó jefes militares no se diferencian de sus soldados por el menor distintivo, y sólo por la riqueza de sus armas puede distinguirse un capitán de un simple soldado.

Su táctica militar está aún en la infancia del arte de la guerra.

En las ciudades de Berberia un militar suele ser á la vez zapatero ó astrólogo, pues no estando de servicio, el gobierno no le da ración alguna; la *waza*, como ellos la llaman.

Con tan mala organizacion y no teniendo sueldo ó emolumento fijo para poder mantenerse, no es extraño que los soldados berberiscos sean, como son, muy dados al pillaje.

Nuestro grabado representa una mora rica, en traje de casa.

Sus galas se componen de telas ligeras y costosas: el oro y las esmeraldas brillan en sus anillos, arracadas y collares.

Las pieles de nuestra mora están desmenuadas, y sus pies calzados con unas babuchas de Tafilet, de color amarillo, bordadas con sedas de colores.

ANTONIO DE SAN MARTIN.

CAMPAÑA FRANCO-PRUSIANA.

(Continuacion.)

Rápidamente, y á guisa de última hora, damos cuenta á nuestros lectores en el anterior artículo de los acontecimientos ocurridos en los primeros días de agosto, hechos que entonces conocíamos aún imperfectamente y de los cuales tenemos hoy tan amplios y numerosos detalles, que nuestro trabajo principal consiste más en descartar, resumiendo sólo lo oportuno á nuestro fin, que en apreciar criticando los hechos sucedidos. De gran importancia éstos, merecen detenido exámen, pues ellos solos bastan para probar algunos de los asertos que formulamos en la primera parte de nuestro trabajo.

IV.

COMBATE DE SARRÉBRUCK (9 de agosto). Pasó julio, empezó agosto, y en su segundo día los franceses, tomando la iniciativa, empujaron un fuerte reconocimiento sobre Sarrebruck, primer pueblo de la frontera prusiana, situado á la orilla izquierda del Sarre, en la provincia rhenana, á 66 kilómetros de Tréveris, y que perteneció á Francia desde 1794 hasta 1816 en que pasó á formar parte del territorio prusiano. Pueblo abierto y sin importancia militar, abriga en su interior varias fábricas de porcelana, loza, naipes, etc., y el valle en que está situado produce hulla en tal abundancia, que en el último año se elevó su extraccion á más de 48.000 quintales métricos. Situado á vanguardia de la línea prusiana, constituía uno de los puestos avanzados de ella, y su escasa guarnicion, que hacen subir los franceses á la enorme suma de 20.000 hombres, se componía

de un batallón prusiano destinado á vigilar el paso del río, con orden de retirarse en caso de ser atacado por fuerzas muy superiores, orden verosímil y muy conforme á las buenas doctrinas militares. Este pequeño destacamento, cubierto por trincheras de limitado perfil, aguantó el ataque de frente que á las diez de la mañana dió la brigada Bastout, compuesta de los regimientos 65 y 67 de línea, mientras la segunda division se dirigia por la carretera que conduce desde Forbach á la hosteria de Brema sobre los montes que dominan el pueblo, y la tercera desfilaba por Arnewald para rodear á Sarrebruck por la derecha francesa: 23 piezas de artillería y algunos caballos protegían este movimiento envolvente, con el cual consiguieron los franceses que antes de las doce se replugaran los prusianos al pueblo, abandonando sus posiciones avanzadas sobre el Saar; la artillería francesa dirigió entonces sus fuegos sobre la poblacion, logrando incendiarla á los pocos disparos, con lo cual el destacamento prusiano se retiró á lo largo del ferro-carril, sufriendo varios disparos de las ametralladoras francesas, que apesar de su fama mortífera, les causaron pocas bajas: 14 prisioneros, entre ellos el hijo de un alto empleado del palacio del duque de Nassau, quedaron en poder de los franceses, que aunque coronaron todas las alturas que dominan el río, no ocuparon á Sarrebruck, dejando así libres las comunicaciones de este pueblo con Saarlonis y Tréveris, segun parte posterior de los prusianos, que tuvieron dos oficiales y 70 soldados muertos durante la accion.

Este encuentro, favorable á las armas francesas, produjo en el vecino imperio el objeto que se propuso Napoleón al intentarle: el entusiasmo renació en el pueblo francés; manifestaciones sin número, general alegría y subida inesperada de los fondos públicos fueron sus primeras consecuencias; el general Frossard con sus tres divisiones habia franqueado la frontera y sentado sus reales en territorio prusiano; todo parecia presagiar que la jornada de Sarrebruck era la primera etapa de la marcha triunfante del ejército francés desde París á Berlín.

El interior de Francia, apesar de este triunfo, está lejos de presentar la union y patriotismo necesario, ó por mejor decir, indispensable para llevar á feliz término tan grave y trascendental campaña. Se habla de desórdenes promovidos en el campamento de Chalons por los batallones parisienses de la guardia móvil, fácilmente reprimidos por el mariscal Canrobert, pero que si se reproducen pueden dificultar sobremanera las operaciones de la campaña; tal vez para contrarrestar su pernicioso influencia proyectó la emperatriz un viaje á la frontera, que acontecimientos posteriores le impidieron llevar á cabo; y al mismo tiempo que la *Marseilles* se convierte en himno nacional por decreto del emperador, una parte no pequeña de la prensa francesa se declara en abierta oposicion contra la regencia de la emperatriz: los gritos en favor de la república se oyen en Francia con bastante frecuencia, y todo hace esperar que, si lo que no es imposible, el emperador de los franceses no consigne pronto un completo y decisivo triunfo sobre las armas prusianas, puede pagar lo menos con su corona la imprudencia y temeridad con que ha dado margen á la presente guerra.

En Alemania, por el contrario, se ve al pueblo y al ejército unidos fraternalmente para defender la patria amenazada; Hannover, Hamburgo, Francfort y hasta la poblacion alemana de Austria olvidan los recientes agravios inferidos por Prusia para celebrar el triunfo de los soldados alemanes, en quienes sólo ven hermanos combatiendo por la independencia alemana; los partidos políticos olvidan sus querellas y aunan sus esfuerzos contra el imperio francés; continúan sin interrupcion los donativos y rasgos de abnegacion y patriotismo; el gobierno prusiano recibe todos los días cartas anónimas remitiéndole dinero, alhajas ó valores para que acuda *thalers*; en Braunligen el burgomestre anuncia por edicto que todo miliciano llamado al servicio activo recibirá 10 florines al tiempo de marchar, y que el vecindario se encarga además de administrar sus negocios, cultivar sus campos ó dirigir sus industrias, cuidando y atendiendo á las personas de su familia mientras dure su ausencia. Necesitaríamos un inmenso espacio para dar cuenta á nuestros lectores de los rasgos análogos de que nos dan noticia los periódicos extranjeros y nuestras correspondencias; pero si queremos hacer constar que el clero alemán, lo mismo el protestante que el católico, puesto á la cabeza de las mujeres, ancianos y niños de sus respectivas feligresías, siaga sus campos, recoge las cosechas, dirigiendo todas las faenas agrícolas y trasportando al ejército toda clase de víveres y sietos para su mantenimiento y conservacion.

También ha sido un sacerdote francés el que hasta ahora, y en vista de los acontecimientos desgraciados para las armas francesas que vamos á relatar, ha dado un ejemplo notable de la conducta que debe seguir el verdadero sacerdote de la religion de Jesucristo, en circunstancias análogas. El célebre padre Jacinto, hoy abate Loyson, ha dirigido al alcalde del quinto distrito de París la siguiente carta, que reproducimos sin comentarios:

«Señor alcalde: El espíritu y la ley de la Iglesia no permiten al sacerdote tomar las armas á no ser en supremo peligro de la patria. Si este peligro no se economiza á Francia, encontrará seguramente á todos aquellos de entre nosotros á quienes el ministerio sacerdotal no llame á otro punto, siempre fieles á los deberes de todo ciudadano. Entretanto nada se opona á que concurramos á la defensa nacional manejando la pala y la piqueta. Dignaos indicarme, pues, el sitio de las fortificaciones á que pueda concurrir para tomar parte en los trabajos de la defensa de París, y desde mañana acabada mi misa estaré á vuestras órdenes. Aceptad, señor alcalde, la seguridad de mi respetuosa consideracion y de mi amor á la patria. Viva Francia!—El abate Jules-Th. Loyson.»

V.

COMBATE DE WISSEMBURGO (12 de agosto). Como consecuencia de la fácil victoria de Sarrebruck y con intentos tal vez de avanzar hácia Tréveris, el ala derecha del ejército francés emprendió el día 3 una marcha de flanco hácia su centro, al mismo tiempo que el ejército prusiano, que manda el príncipe Federico Carlos, aparentaba replugarse sobre Tréveris, cuando en realidad se concentraba sobre el Saar. Sabedor de estos movimientos el príncipe real, avanza rápidamente y cae en la madrugada del 4 sobre la extrema derecha del ejército francés formada por la division Douay atrincherada débilmente delante de Wissemburgo. Las avanzadas francesas no se enteraron de esta marcha hasta que la presencia del enemigo les reveló el peligro, los prusianos simulaban varios ataques con admirable precision, y después se arrojaron á la bayoneta sobre la derecha de los franceses, envolviéndola y extendiéndose en el llano para atacarla de flanco; al mismo tiempo otra columna apoyada en formidable y numerosa artillería se dirigió á Wissemburgo, sin que pudiera impedir su marcha varias cargas que con su acostumbrado arrojo dieron algunos batallones franceses, que privados de todo apoyo fueron hechos prisioneros.

Envueltos los franceses, y muerto su bravo general, se pronunciaron en retirada pocos momentos antes de que llegara al campo de batalla el mariscal Mac-Mahon con parte de su cuerpo de ejército, tarde ya para cambiar la suerte de la batalla, pero á tiempo para proteger la retirada de los restos de la division Douay.

Todos los atrinchamientos y la ciudad de Wissemburgo cayeron en poder de los alemanes, á quienes costó esta victoria no más de trescientos muertos y ochocientos heridos; los franceses se replugaron sobre el Col del Pigeonnier que domina el ferro-carril de Bitche, dejando en poder de sus enemigos quinientos prisioneros ilesos, un cañon y todo su campamento.

La ciudad de Wissemburgo es una antigua y pequeña plaza fuerte, hoy abandonada, en la frontera meridional del Palatinado bávaro, es cabeza de la circunscripcion del bajo Rhin y tiene unos 1.200 vecinos. Está asentada en la orilla del río Lauter, á 10 kilómetros del Rhin y sobre el camino de hierro de Landau á Strasburgo, distando de esta plaza 33 kilómetros al N. E. Su position le ha hecho servir varias veces de teatro de las faciones de guerra entre franceses y alemanes; allí entre otros pelearon Villars y Hoch, y ahora desmantelada ha resistido siete horas á los soldados alemanes, que se han batido en sus fosos con el agua á la cintura.

Este combate ha venido á demostrar completamente lo que antes del uso de la bayoneta decíamos en nuestro primer artículo. La brigada alemana que formaba la columna de ataque avanzó disparando lo menos posible contra la línea francesa, sin que la terrible y continua granizada de balas que vomitaban los fusiles *chassepot* le impidiera ganar las alturas de Wisser y poner en fuga á los franceses; éstos por su parte han llegado en una de sus cargas hasta la boca de los cañones bávaros, admirablemente servidos, segun confesion de sus mismos enemigos; la bayoneta pues ha sido en esta accion como siempre el arma decisiva de la infantería, apesar de los fusiles de aguja de ambas naciones.

BATALLA DE WÖRTH (6 de agosto). Apoderados los alemanes á consecuencia de la anterior victoria del ferro-carril que por Lutzerath y Haguenau conduce

á Strasburgo, forzoso fué al general Mac-Mahon adelantar sus fuerzas á vanguardia del entronque de esta vía férrea, con la que por Niedelbron y Bitché se dirige á Sarreguemines con el exclusivo fin de defender los pasos principales de la cordillera de los Vosgos. Situado este ejército fuerte de unos 32.000 infantes y 4.000 caballos en la parte oriental de los Vosgos, sobre Freischviller y Elshausen, aguardó el avance de los alemanes, que con efecto no se hizo esperar.

A las siete de la mañana el cañon hávaro rompió el fuego delante de las alturas de Guerdoff, y al poco tiempo avanzaron las guerrillas alemanas hacia Freischviller, donde estaban situadas la primera y tercera division del ejército francés; este falso ataque estuvo tan bien disimulado, que la primera division ó sea la extrema izquierda francesa tuvo que hacer un cambio de frente á vanguardia adelantando el ala izquierda, para impedir que el enemigo la rebasase rodeando la posición general. Casi al propio tiempo emprendieron los alemanes un segundo ataque, falso también, sobre otra posición que ocupaban los franceses en la orilla del Sauerbusch; toda la mañana continuó el fuego de cañon y tiradores sobre los dos puntos antedichos, y á eso de las doce se declaró formalmente el verdadero ataque de los alemanes sobre la derecha francesa. Numerosas guerrillas avanzaron al calor de considerables masas de infantería sobre la aldea de Elshausen; más de sesenta piezas prepararon y protegieron este movimiento ofensivo, que ni los disparos de la artillería francesa, ni las heroicas cargas de caballería que han dejado atrás las de Balaklava en Crimea, ni los avances de la infantería pudieron detener, sino por cortos intervalos; á las cuatro de la tarde el ejército francés se retiraba en buen orden protegido por sus dos primeras divisiones, llegando antes de la noche á Saverne, desde donde está fechado el parte oficial del mariscal Mac-Mahon sobre esta batalla.

Alemanes y franceses han peleado en ella enérgicamente, y si la victoria ha favorecido á los primeros, el honor militar de los segundos ha quedado á considerable altura. Espantan los detalles de esta terrible jornada; por ambas partes se han hecho prodigios de valor, y esta batalla perdida prueba que la raza latina sabe aún sostener en el campo el buen nombre que ha conquistado en tantos siglos de guerra.

La caballería, esa arma que desde hace algunos años se esfuerza sus enemigos en suponer casi inútil sobre el campo de batalla, limitando su papel al servicio de reconocimientos y persecuciones, hemos demostrado que con jefes decididos puede prestar los mismos servicios, si no mayores que anteriormente. Alabanza universal merecen los coraceros franceses, que con la evidencia de una muerte segura, han salvado á su infantería, sacrificándose en repetidas cargas, sin que la artillería, que á cada disparo los diezaba, les impidiera rehacerse y volver á embastir una y otra vez hasta dejar en el campo casi todos sus oficiales y la inmensa mayoría de los soldados, mereciendo los mayores elogios de sus enemigos, y en particular del príncipe real, que según cartas que tenemos á la vista habla de ellos con respetuoso entusiasmo.

En el número anterior dimos cuenta del distinto efecto que causó en las dos naciones beligerantes la noticia de esta jornada, primera importante de esta gigantesca lucha, en que tiene puesta su atención todo el mundo europeo. Hoy sólo nos resta añadir que los prisioneros franceses han sido recibidos lo mismo en Berlín que en las estaciones del tránsito con toda la consideración que merece siempre el valor desgraciado, y que en los hospitales alemanes se atiende con igual solicitud á los heridos franceses que á los propios.

COMBATE DE SARREBRUCK Y FORBACH (6 de agosto). Al propio tiempo que en la derecha francesa se estaba librando la batalla de Weert, el general Steinmetz con la vanguardia del ejército alemán del Centro atacó al cuerpo de ejército que manda el general Frossard en la posición que éste conservaba al Oeste de Sarrebruck sobre el monte Epandier, al ruido del cañon llegaron las divisiones Barmelion y Stuelpuegel, empeñándose un violento combate, en que la artillería prusiana hizo prodigios de valor y serenidad, obligando con su fuego á que los franceses abandonaran su posición retirándose hacia Forbach, que tuvieron que abandonar precipitadamente, dejando en poder de los prusianos el campamento entero de una division con muchos y grandes almaganes y un número considerable de prisioneros.

El resultado de esta acción fué para el ejército francés tenerse que concentrar en su mayor parte al abrigo de los cañones de Metz, dejando á los alemanes franco-paso para avanzar por una parte hasta las cercanías de la plaza, mientras el ejército del príncipe real bloqueaba á Strasburgo evacuada por las tropas de Mac-Mahon

intimando la rendición á la plaza, y dejando un pequeño destacamento para observar su guarnición, continuó su marcha hacia Saverne y Phalsbourg; Lunéville, Nancy y Pont-á-Mousson han sido ocupados por las tropas alemanas casi sin resistencia, y dos victorias y cuatro semanas han bastado á Prusia para borrar la frontera francesa y dominar en ocho departamentos de Francia, en los cuales el rey Guillermo ha abolido las quintas y ha decretado la entrada libre de todos los géneros.

Al llegar á este punto de nuestra crónica, preciso es volver los ojos hacia París, con razon llamado el cerebro de la Francia. Las noticias de los desastres llegan á aquel gran centro conducidas por los hilos telegráficos, como llegan las sensaciones á la cabeza por medio de los nervios de las extremidades. Cesa el rumor de las charangas patrióticas, dá punto la prensa á sus baladronadas de mal gusto, hay un momento de silencio grave, y del seno de la multitud sale un grito solemne y verdaderamente conmovedor: «¡La patria está en peligro! Ya no se trata de ir á Berlín en un tren de recreo; se trata de salvar el honor y el hogar. Lo que comenzó evolución política de un partido, acaba movimiento grande y espontáneo de un pueblo. Convocada apresuradamente la Cámara, el ministerio Ollivier cas á la primera oleada de la revuelta mayoría. Ollivier había, sin embargo, combatido la guerra, Ollivier había indicado al imperio el único camino posible de prolongar su vida; pero hubo un momento en que colocado entre su ambición y su conciencia, se dejó arrastrar por la ambición, y harto caro ha pagado sus errores cayendo silencioso y sombrío, quizás para no levantarse nunca, en medio de la bafa de los mismos que el día anterior contribuyeron á cegarle con el humo de sus groseras lisonjas. Ollivier ha muerto para la política, su país cuenta para el desenvolvimiento de sus negocios con una inteligencia ménos. No obstante, sobre la piedra de su tumba podría escribirse: «Este hombre tenía algo en la cabeza.»

Con el desastre de Forbach y la caída de Ollivier acaba, por decirlo así, la campaña del imperio.

El general Montauban, conde de Palikao, sustituye al célebre canceller en la política, y se declara ministro de la Cámara y no de las Tullerías, donde, como sombra del poder moralmente caído, se encierra la emperatriz, sin que anuncie su existencia otra cosa que la bandera flotante aún al viento sobre las torres del palacio. Leboeuf y Frossard caen al puesto á Bazaine, el cual asume el mando en jefe del ejército, anulando al emperador.

«El imperio es la paz», había dicho Napoleon III, comprendiendo el verdadero espíritu del siglo XIX. Esto frase apesar de todo se convirtió, merced á una funesta política de aventuras, en risible paradoja. Sin embargo, ya vencedor, ya vencido, la guerra ha sido siempre funesta al imperio, y la ineluctable lógica de los hechos ha venido á demostrar al cabo al iluso Luis Bonaparte, que el imperio hubiera sido posible sólo con la paz.

Desde el momento en que queda anulada la influencia de las Tullerías, en la Cámara y en el campamento comienza la verdadera campaña de la Francia. Ni el desesperado valor, ni los supremos esfuerzos de los franceses, bastan á torcer el curso de los sucesos ya decididamente favorables á los prusianos. El tiempo perdido y las torpezas cometidas dejan larga huella y esterilizan las más pensadas combinaciones; pero á partir de este punto, las cosas pasan de otro modo. Ya se conoce que hay un plan, ya los combates se justifican y obedecen á un pensamiento. Bajo la influencia de los primeros desastres se negó todo á los generales franceses, no concediéndoles á sus soldados más que el valor. El movimiento de reacción comienza á aflojar, y ya se comprende que, aunque algo pomposo, todavía merece Mac-Mahon el dictado de *el gran capitán de Busto*, aun puede saludarse á Bazaine como á un buen táctico y un inteligente general. El primero en su milagrosa retirada, y el segundo en esta serie gigantesca de batallas insensuadas en derredor de los muros de Metz buscando el camino de Verdun, han levantado el prestigio de las armas francesas conteniendo unas veces el empuje de los prusianos, rechazándolos otras y conquistando siempre, aunque por último vencidos, la respetuosa admiración de sus vencedores.

Primero las noticias telegráficas, después las correspondencias particulares, y por fin los ligeros croquis recibidos del teatro de los sucesos, nos han permitido formar, aunque somero, un juicio acerca de los movimientos y las batallas que constituyen la segunda jornada de

la guerra, que ha tenido por escenas los alrededores de Metz.

Restos de las divisiones de Wissemburgo, de Saarbruck y de Forbach, se replegaban abandonando la línea del Rhin sin direccion fija. Bazaine, señalando á Metz, como punto de reunion, logra concentrar las fuerzas. Su primer cuidado es levantar el espíritu del ejército, reorganizar los cuadros, darse cuenta de los recursos de que dispone.

¿Presentará una gran batalla? Necesitaba apoyarse en refuerzos enviados de Châlons, y estos refuerzos se harían esperar demasiado.

Metz estaba bien defendida, podía abandonar esta plaza y cejar hacia Châlons. Para realizar esta idea comprende el paso del Mosela y comienza la serie de movimientos, igualmente bien intentados y bien prevenidos por franceses y prusianos; pero en los que la balanza de la victoria, después de permanecer algun tiempo indecisa, se inclina al fin del lado de los segundos.

Los sucesos han tenido lugar de este modo:

Reorganizadas ya, y aunque insuficientemente pertrechadas y abastecidas para sostener los combates á que por necesidad habian de verse expuestas en su camino, las divisiones francesas, levantaron el campo en la tarde y la madrugada del 13, emprendiendo el 14 el paso del Mosela. Los reconocimientos previos no habian señalado gran concentracion de fuerzas del lado izquierdo del río; pero apenas habia pasado la mitad del ejército, cuando se vió atacado por fuerzas prusianas, que de momento en momento iban engrandose. Bazaine, apesar de las noticias de los esploradores, no habia intentado el paso del Mosela sin adoptar las precauciones convenientes, de modo que, haciendo jugar la artillería colocada á propósito, pudo proteger la mitad de ejército, que resistió sin cejar el empuje de los alemanes del lado allá del río, mientras por su parte combatía á la vez con las fuerzas que en Pange atacaron repentinamente el flanco de la division. El éxito de esta batalla, interrumpida por la llegada de la noche, parecia dudoso. Materialmente, y si sólo hubieran tratado los generales de medir sus fuerzas, pudiera decirse que habia sido así; pero en realidad la ventaja estratégica quedó del lado de los prusianos. Los franceses conservaron sus posiciones. ¿Y qué importaba esto? Lo que les convenia era adelantar y quedaban detenidos. Los prusianos abandonaron el campo de batalla. Los prusianos no iban á ninguna parte. A cierta distancia del enemigo podian disponer sus fuerzas y combinarlas de otro modo para el nuevo ataque. Se explica perfectamente su movimiento, ménos brillante que ventajoso. El 16 lo pesaron ámbos ejércitos observándose. Algunos encuentros parciales señalaban el interés con que los de un lado y otro miraban ciertos puntos como convenientes para establecerse en ellos antes de proseguir la lucha interrumpida. En este tiempo Bazaine pudo reunir sus divisiones separadas por el Mosela, y colocarse en posición necesaria para emprender el movimiento; pero contrapesaba esta ventaja el paso de los prusianos por el río en un punto no distante y la aproximacion de nuevas fuerzas.

El 16 volvió á emprenderse la batalla, de la que el encuentro del 14 fué sólo un sangriento preludio. Las fuerzas estaban equilibradas numéricamente y ámbos ejércitos realizaron prodigios de valor. Arrollados en unos puntos, vencedores en otros, alternativamente franceses y prusianos avanzaban y retrocedían, ejecutando movimientos admirables por la precision y el orden, empuje de un verdadero diluvio de fuego. La falta de la luz, antes que la prostracion de las fuerzas, puso término á aquella lucha titánica, de la cual, apesar de todo, no se obtuvo un resultado decisivo. Sin embargo, la ventaja lenta, apenas sensible, pero positiva, seguia inclinándose del lado del ejército del rey de Prusia.

Las tropas de éste eran reemplazadas de un día á otro, sus generales completaban el movimiento concebido rebasando los flancos del enemigo, cerrándole todos los pasos y desenvolviéndose con libertad en un ancho frente. Por el contrario, para Bazaine cada batalla era un día más detenido, un considerable número de hombres, víveres y municiones, ménos. Ya le era casi imposible, aun venciendo de una manera definitiva, pensar en alcanzar á Verdun, si fuerzas de Châlons no operaban distrayéndole el enemigo.

Otro día de tregua, el 17; otra gran batalla, el 18. Asusta pensar en el estado en que las divisiones francesas, tantas veces castigadas, se disponian de nuevo á atravesar el formidable empuje de las huestes prusianas. Admira la heróica tenacidad de Bazaine, que con la mirada fija en el camino de Verdun, su único punto objetivo, umbra una y otra vez la muralla de hombres que le cierra el paso, y no retrocede sino para volver con nuevo ímpetu á la carga.

La batalla del 16 fue tanto ó más sangrienta y reñida que las anteriores, pero más decisiva y pronta.

La caballería francesa, cargando á morir é interponiéndose entre los cañones enemigos y las destrozadas divisiones, salvó los restos del ejército de Bazaine, que pudo replegarse al amparo de los fuegos de Metz. El heroico poema estaba terminado. El círculo, cada vez más estrecho, había acabado por narrarse. La parte más brillante del ejército francés quedaba sitiada en la inexpugnable plaza fuerte, á salvo del ataque de sus contrarios; pero presa de impotente desesperación ante el pensamiento del peligro de la patria y de la dudosa suerte de sus hermanos de Châlons y de Paris.

Hasta aquí llegan los detalles que tenemos de la campaña.

Á última hora nos comunica el telégrafo que los hulanos, esos terribles heraldos de la guerra, que se derraman por los campos y los pueblos anunciando la llegada del temeroso azote que les sigue, han aparecido en Châlons, abandonado ya por los franceses.

Paris saca de sus hogares los ancianos, las mujeres y los niños, y trabaja delirante de rabia y entusiasmo en el complemento de sus fortificaciones. ¿Vamos á asietir al sitio de la capital de Francia? Será una cosa grande, épica, pero horrible.

No hace mucho, leyendo el libro de Pelletan, *La Nueva Babilonia*, pensábamos: La gran ciudad, foco de donde han partido con las ideas del 93 los rayos de la civilización moderna, se hace materialmente rica y fastuosa; pero al par se enerva, se afemina y se prostituye; necesita de algo grande que la conmueva y la despierte.

Paris va á ser sitiado; acaso el caballo de Bismarck beba, como suponen que su dueño ha prometido, en las fuentes del Luxemburgo; pero aún siendo esto posible, Paris no puede perder.

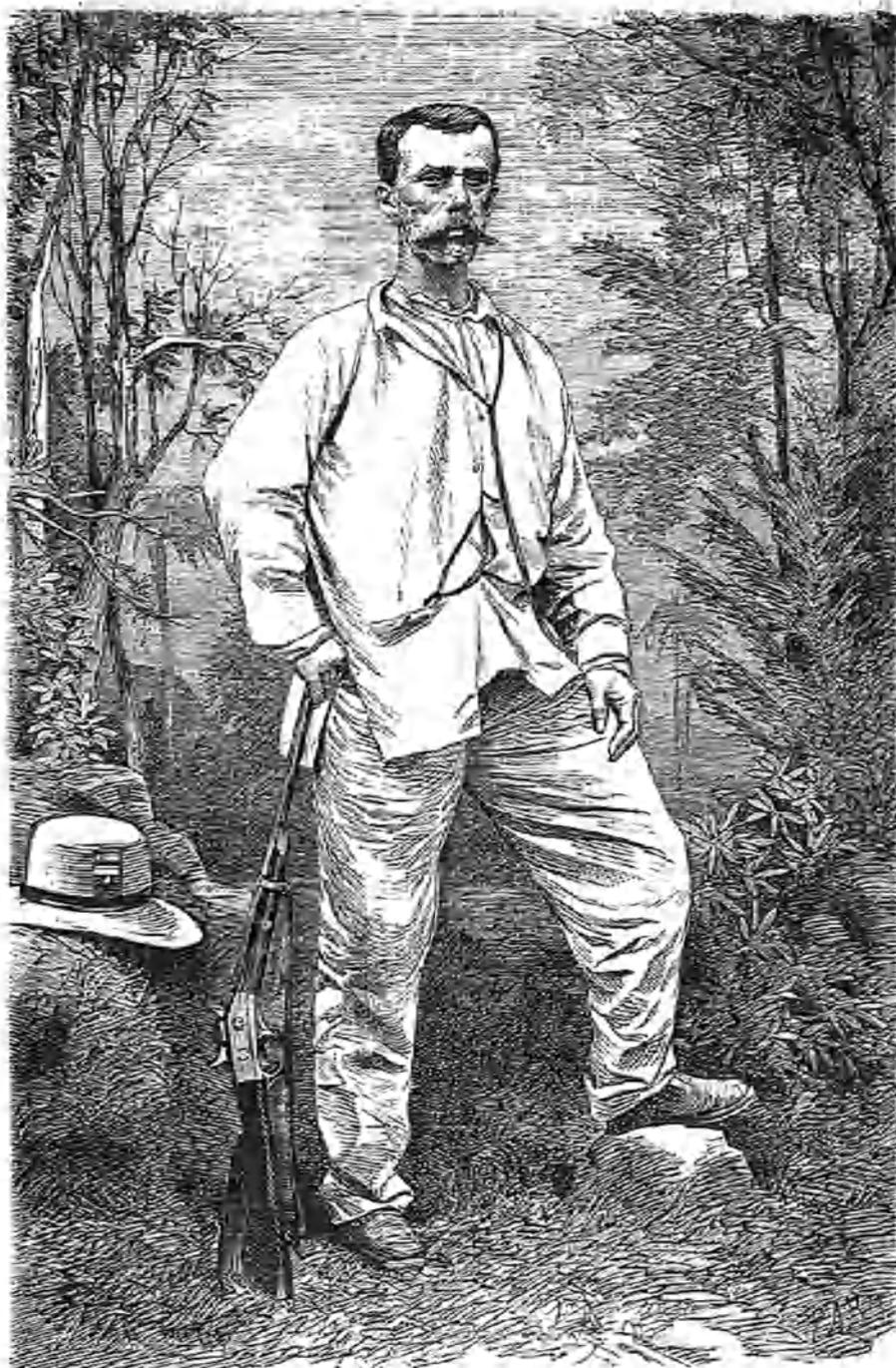
¿Será tal vez ésta la gran prueba del hierro y del fuego que ha de engrandecerlo y purificarlo.

DON JOSÉ PASCUAL MONTANER.

Segun que la guerra se desenvuelve en mayor ó menor escala, toma un determinado color ó elige un país especial para teatro de sus escenas, pone de relieve tipos y caracteres diversos.

La gigantesca lucha de Francia y Prusia, que puede decirse con razon embargo en estos momentos la atención del mundo, es la guerra científica y calculadora y su más genuina representación, Moltke: ¿Quién no conoce ya el tipo de este gran táctico? Anciano, achacosos, de frente alta y serena, de ojos de mirada profunda y dulce expresion, resuelve los problemas de la guerra, trabajosamente inclinado sobre el mapa, con la calma y el espacio que un complicado problema de matemáticas. Él es el pensamiento, el rey Guillermo la voluntad, los príncipes el brazo poderoso y viril que ejecuta. De los tres resulta esa acción vigorosa é incontrastable, que realmente parece la acción de un gran pueblo.

Pero cambiamos de horizonte: fijémosnos un instante en la tenaz y heroica lucha que sostienen nuestros hermanos en una isla joya preciada de la madre España, y veremos la guerra desenvolverse con otro carácter y producir otros tipos. El campo de la lucha son selvas inextricables, terrenos accidentados, quebradas y montes cuyas sendas borra ó entorpece una exuberante vegetación. Se combate casi cuerpo á cuerpo unas veces, otras se oyen las balas y no se ve al enemigo; cada momento puede dar lugar á una sorpresa ó una emboscada. Sobre este fondo se dibuja en primer término la figura típica



D. JOSÉ PASCUAL MONTANER, GOBERNADOR DE SANTA CRUZ EN LA ISLA DE CUBA.

del guerrillero que es la verdadera representación de la lucha, en que entra por iguales partes la actividad, el valor personal y la propia iniciativa.

El valiente militar de quien vamos á ocuparnos en esta reseña biográfica ofrece rasgos marcadisimos de ese tipo de la tierra española y que en sus horas supremas nos envidian naciones que en el arte de la gran guerra llevan á la nuestra reconocidas ventajas.

D. José Pascual Montaner nació en Jalon, pueblo de la provincia de Alicante, el 10 de marzo de 1839.

Cuando se alzó el grito de la insurreccion en Yara, se encontraba de comandante militar de Santa Cruz de Cuba.

Tres veces sitiaron los rebeldes el pueblo que mandaba Montaner, y tres veces fueron rechazados.

La primera contaba para la defensa con 50 hombres, la segunda con 134 y la tercera con 370.

Por estos hechos obtuvo la efectividad de comandante.

Ultimamente, como durante el curso de la campaña, Montaner ha hecho prodigios. Vestido con el mismo traje de los insurrectos, condecorado de las sendas más ocultas y de las guaridas de sus enemigos, los encuentra siempre que quiere, los evita cuando le conviene, multiplicándose y apareciendo donde menos se le espera.

En la jurisdiccion de Puerto-Príncipe, los insurrectos le conocen con el nombre de *el brujo*; tal es el supersticioso terror que inspira.

El Gobierno, en nombre del Regente, ha premiado su última y brillante acción de guerra, en la cual se ha apoderado de una porcion de cañones del enemigo, ascendiéndolo á coronel.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

BASES DE LA PUBLICACION.

LA ILUSTRACION DE MADRID se publica los dias 12 y 27 de cada mes.

Cada número consta de 16 páginas, con grabados exclusivamente españoles, intercalados en el texto.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.	
Tres meses	22 reales.
Medio año	42 »
Un año	80 »

EN PROVINCIAS.	
Tres meses	30 »
Seis meses	56 »
Un año	100 »

CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Medio año	85 »
Un año	160 »

AMERICA Y ASIA.	
Un año	240 »
Cada número suelto en Madrid	4 »

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID.—Oficina. Plaza de Matute, núm. 5; Tabacaría de las Cantarras, Ilustración de Escribano, Sanchez Rubio, Dupán, San Martín, Gaspar y Itzig y almacén de papel de Barrio, Corredera Baja, núm. 34.
PROVINCIAS.—En las principales librerías.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

A los que suscriben á LA ILUSTRACION y á EL IMPARCIAL, se les hará una rebaja importante con arreglo á la tarifa siguiente:

EN MADRID.	
Tres meses las dos publicaciones	85 reales.
Medio año	152 »
Un año	280 »

EN PROVINCIAS.	
Tres meses	100 »
Medio año	180 »
Un año	340 »

CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Medio año	200 »
Un año	360 »

NOTA. No se servirá suscripcion alguna cuyo pago no se haya anticipado en metálico ó sellos de correos.
Agente exclusivo en las islas de Cuba y Puerto-Rico, la empresa de *La Propaganda Literaria*.